

PINOCHO

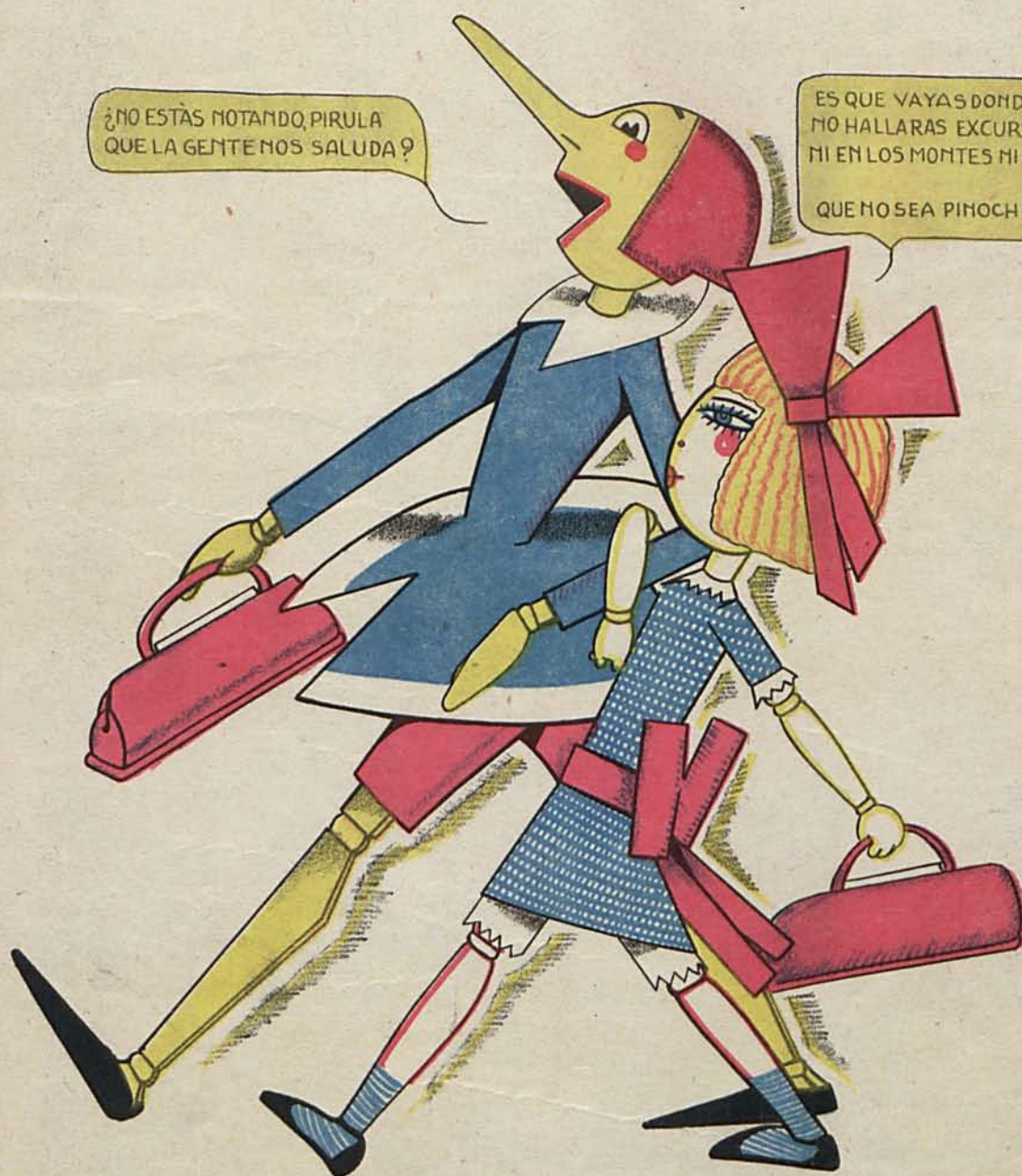
SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

AÑO II
NUM 68

6 JUNIO
1926

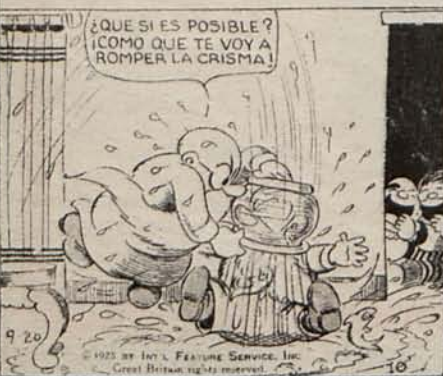


PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton

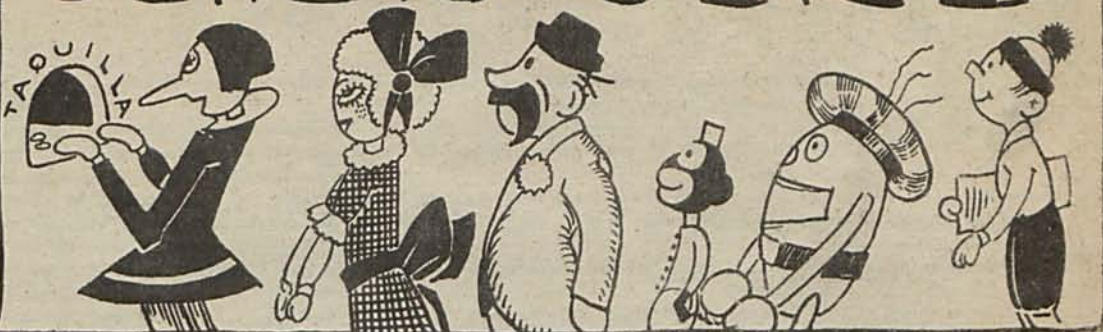


PROGRAMA
PARA HOY

LOS
SALTEADORES
DE
ALTA MAR

Sensacional!

GRAN CINE



El azote de los navegantes.

Al dejar atrás las costas del N. E. de Africa, el capitán Colin Wood, que estaba en el puente haciendo la guardia, vió levantarse en el mar a dos millas de distancia, por la parte de estribor, un hermoso yate que con las banderas hacia señales pidiendo auxilio.

Colin, al apercebirse de las señales, dió una orden terminante, y el *Huracán* empezó a navegar rápidamente en dirección al yate. Al llegar a una distancia como de unos cien metros, saltó a un bote y fué remando hasta el yate.

Al mismo tiempo se adelantó hacia Colin, Walton, el capitán del yate, que explicó lo que pasaba:

—Verá usted, acabamos de sufrir un contratiempo; pues hace cosa de una hora nos ha detenido un barco tripulado por árabes, el cual llevaba ocultos un par de cañones con los que nos amenazaron. La mayoría de la tripulación y todos los huéspedes de Mr. Hacket estaban entonces sobre cubierta y yo me vi obligado a quedarme allí en honor a la salvación de tantas vidas. Esos piratas indudablemente esperaban sacar una buena tajada y la han sacado, porque los huéspedes que lleva Mr. Hacket en el yate llevaban consigo un verdadero cargamento de alhajas.

—Dígame usted, capitán Walton, la ruta que usted cree ha tomado el barco árabe al dejarlos a ustedes.

El capitán Walton le dió las indicaciones pedidas y Colin le anunció su propósito de buscar y capturar el barco pirata.

—Será mejor que vaya yo con ustedes —sugirió Walton—, porque reconoceré en seguida al barco y a la tripulación.

Colin, de acuerdo con las indicaciones del capitán Walton, puso el *Huracán* con rumbo a la dirección que había tomado el otro barco, y bastante más tarde divisaban un rastro de humo que iba dejando un buque de una sola chimenea y del tipo frecuente por esa parte del mar.

—¡Ese, ese es el barco que nos ha detenido! —exclamó el capitán Walton excitadamente.

—Pronto nos aseguraremos de ello —contestó Colin, que mandó en seguida hacer señal de parar al barco árabe.

La orden fué obedecida inmediatamente, y al insinuar Colin su intención de subir a bordo de él, el capitán árabe dió toda clase de facilidades para que lo hiciera tanto él como la tripulación.

Pero la visita al barco defraudó sus esperanzas, pues aunque el capitán Walton aseguraba que aquél era el barco que perseguían, declaró que los tripulantes no eran los mismos que habían subido a bordo del *Sadie*. Tanto el capitán como la tripulación eran completamente distintos.

A pesar de todo, Colin Wood ordenó que se registrara el barco; pero tampoco el registro dió resultados satisfactorios, pues nada sospechoso encontró en él.

Después de volver al *Huracán*, Colin se pasó el resto del día escudriñando el mar sin resultado alguno, y al oscurecer llevó al *Huracán* a anclar en la bahía de Saan (que es al mismo tiempo la entrada para el río del mismo nombre), después de llevar al capitán Walton al *Sadie*, diciéndole que fuera también el yate a anclar en la bahía.

Colin bajó del puente por primera vez desde que empezara la captura, completamente desconcertado, y al entrar en su camarote el telegrafista le entregó un aerograma.

El aerograma procedía de la estación de telegrafía sin hilos que hay en la desembocadura del Saan, y rogábase que enviase una partida de marineros para buscar al jefe de la estación telegráfica, que había desaparecido misteriosamente.

La luz oscilante.

Colin dispúsose a acceder a la petición que le hacían los de la estación telegráfica, y creyó oportuno acompañar a sus marineros a tierra a ver si podía dejarlos allá con tranquilidad. Fueron en la gasolinera del *Huracán* hasta un pequeño muelle que hay en la desembocadura del río, junto a la estación telegráfica.

Al desembarcar fué recibido por un francés joven que dijo lla-

marse León Arnot y que era el inmediato jefe de la estación de Saan.

Según su relato, su jefe, otro francés que se llamaba Renard, había salido a dar un paseo la noche antes por la orilla del río y no había vuelto.

Colin Wood, después de oírle contar a Arnot lo que sabía de su jefe, dispuso que dieran un paseo juntos a lo largo del río, en la dirección que había ido Renard. Y juntos, Arnot y Colin echaron a andar por la orilla arenosa del río.

El capitán y Arnot continuaron por la playa hasta cerca de una colina que estaba cubierta de arbustos. Entre ellos percibieron dos figuras que parecían estar acechando.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó Arnot en voz alta.

A la luz de la luna mostráronse dos hombres.

—Somos Ali y Ahmed, monsieur —dijo uno de ellos—. Hemos terminado el trabajo y estábamos paseando por aquí antes de irnos a la cama, monsieur. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Arnot, y los árabes se alejaron.

—¿Quiénes son esos individuos? —preguntó Colin.

—Son dos de los árabes que trabajan en la estación. Los únicos blancos que tenemos aquí son los operadores. Ali y Ahmed son dos mecánicos muy hábiles.

—¿Y de confianza? —preguntó Colin.

—Creo que sí. En todo caso no les serviría de nada el no serlo porque aquí no hay nada que puedan robar ni tampoco tenemos ningún secreto que guardar, señor capitán —añadió Arnot, sonriendo—. Nosotros no hacemos más que recibir y transmitir las noticias de los que pasan.

Colin Wood no hizo comentario alguno y siguió andando. Ayudados por la luz de la luna iban buscando alguna pista por la que pudieran descubrir la desaparición del jefe; pero nada hallaron, y Colin Wood opinó que era perder el tiempo seguir investigando por la orilla del río.

En vista de lo cual dieron la vuelta dirigiéndose al telégrafo. Pasaban por entre una fila de palmeras y estarían todavía a cincuenta metros de la colina cuando los ojos sagaces de Colin percibieron las figuras de los dos árabes que seguían acechando entre los arbustos. Apenas había tenido tiempo a verlos, una nube pasó por delante de la luna y la escena quedó envuelta en tinieblas.

Pasó un minuto y entonces apareció en medio del río oscuro una lucecita que brilló un momento, desapareció, volvió a brillar y volvió a desaparecer.

La impenetrable oscuridad fué rota inmediatamente por otra luz que venía de la colina; ésta brilló también tres veces en rápida sucesión y después se apagó.

—¡Vamos aprisa y sin meter ruido! —murmuró Colin al oído de su compañero.

Los dos hombres echaron a correr silenciosamente por la orilla del río hasta la colina y al llegar a ella la luz de la luna volvió a iluminar el panorama.

En el río nada se veía y las dos figuras que Colin había divisado entre los arbustos también habían desaparecido; pero en cambio apareció otra persona a la vista. Era el guardia marina, Spring, que había quedado al cuidado de la gasolinera y de los marineros. Spring había visto la luz en el río y se apresuraba a averiguar la causa de ella.

El capitán señaló con el dedo al río y díjole al guardia marina:

—Hay que buscar ahí, Spring.

Spring, sin más, echó a correr y se zambulló en el agua. Colin volvió su atención hacia la parte de la colina donde acababa de ver ocultos a los dos árabes. Escrutó el terreno detenidamente; pero no era fácil encontrar las huellas en la arena blanda; a pesar de todo el capitán creyó percibir huellas de dos pares de pies; estas huellas iban por entre los arbustos y Colin los siguió, hasta que la luz de la

Sólo mis suscritores pueden tomar parte en mis Concursos, colaborar en mi Revista y tomar parte en mi sorteo de regalos.

PINOCHO.



luna, asomando por encima de la colina, le reveló que estaba a la orilla de un pozo. De él subía un murmullo de voces, y echado junto al brocal aguzó el oído para escuchar lo que decían.

Hablaban en el idioma árabe que el capitán conocía perfectamente, y uno de los que estaban allí abajo decía:

—Ha sido muy arriesgado encender la luz, Ali; pero era necesario, porque hubiese sido una locura dejar que saliese Mustapha estando el barco británico en la bahía.

—Es verdad —convino el otro—. Y, además, teníamos que contestar a la señal de Mustapha. Yo estoy muy intranquilo, Ahmed, y me parece que ya hemos estado demasiado tiempo en Saan. Debemos volver a Tuez y allí recibir órdenes.

—Además —dijo el otro, riéndose entre dientes—, ya somos bastante ricos, porque las joyas del yate americano valen un potosí. Creo que ya merecemos descansar, Ahmed.

A juzgar por lo bien que se les oía hablar, los árabes no debían de estar a más profundidad de quince pies, y poniéndose derecho saltó al fondo del pozo. Cayó precisamente encima de ellos y todos tres rodaron hechos un montón.

Desde el fondo Colin Wood llamó a Arnot. Este fué corriendo y encendió una lámpara eléctrica con la que alumbró desde el borde del pozo viendo la lucha que sostenían allá abajo.

El capitán peleaba fieramente y le dió con el puño a Ali haciéndole caer sin sentido.

El resto ya fué cosa muy fácil para un luchador como él y poco después Colin se ponía en pie sin aliento, pero sonriendo.

—Diga usted a mis hombres que traigan una cuerda, Arnot. Hay que sacar de aquí a estos traidores antes de que despierten.

El francés hizo lo que Colin le mandaba, y poco tiempo después Colin y sus prisioneros estaban en la playa.

En aquel momento emergía del agua el guardia marina Spring.

—¿Qué tal Spring? ¿Has tenido suerte?

—Sí, mi capitán; he encontrado aceite en el agua en el sitio donde brillaba la luz.

—¡Admirable! —contestó el capitán—. Hemos dado en la solución de dos grandes misterios...; dos misterios que nunca sospeché que pudieran tener relación uno con otro. Hemos cogido a una banda de piratas submarinos, y creo firmemente que ellos son también los que han secuestrado a Renard quizá porque él les haya descubierto algo de su juego.

Los bandidos submarinos.

Colin Wood no quiso perder tiempo ninguno, pues quería marchar inmediatamente para el lugar llamado Tuez que era, indudablemente, la base de operaciones de los piratas.

Arnot les explicó que Tuez no era más que un grupo solitario de palmeras situado a cien metros de la orilla del río, a diez millas de distancia de Saan, y hacia allá se dirigió la gasolinera. Esta detúvose una milla antes de llegar a Tuez. El capitán reunió a todos sus marineros y echaron a andar por la playa.

Al llegar a la vista del grupo de palmeras fueron todavía con más sigilo que antes, llegando hasta ellas sin que los sintieran. Después de andar treinta metros, encontráronse ante una gran laguna. A la orilla de ella había unas cuantas tiendas armadas, y amarrado a la orilla estaba un submarino grande y de poco calado.

—¡Cielos! ¿Cómo ha llegado hasta aquí este submarino? —exclamó el guardia marina—. Este no pueden haberlo traído por tierra.

—¡Imposible! —respondió Colin—. Tiene que haber un paso submarino que una el río con la laguna. No me extraña que Mustapha haya escogido este lugar para fuerte, porque no podía tenerlo mejor aunque lo hubiera hecho espafioso para él.

En el campamento de junto al lago estaban lo menos treinta hombres rodeando a otro que, por el aspecto, debía de ser el propio Mustapha.

—Creo que es prudente que sigamos ocultos todavía algún tiempo —decía Mustapha—, porque la señal que me dió Ali esta noche indica que nos amenaza un gran peligro. Por lo tanto hay que esconder el submarino en el túnel, bajo las palmeras, y nosotros

nos convertiremos en una patrulla de pacíficos viajeros del desierto.

—¡Déjenos usted que nos encarguemos nosotros del jefe de la estación telegráfica! —gritó uno de los hombres.

Pero cualesquiera que fuesen las intenciones de Mustapha respecto a Renard no tuvo ocasión de ejecutarlas, porque los marineros del *Huracán*, al oír la amenaza velada, empezaron el ataque a los piratas, haciendo más uso de los puños que de las armas. El ataque fué valiente, y quedaron tendidos en el suelo gran número de árabes aun antes de darse cuenta de lo que sucedía.

Mustapha y seis de sus hombres, pensando sin duda que la discreción era la mejor parte del valor, se aprovecharon de la confusión causada por la pelea y saltaron a bordo del submarino.

Los marineros que ya tenían bastante tarea con encargarse de los árabes, no prestaron atención a la huida del jefe y el submarino empezó a alejarse.

Dándose cuenta Colin de que si no obraba rápidamente escaparía Mustapha, le dió un golpe bien asestado al pirata con quien estaba enzarzado y llamó a Bob Luck.

Corrió éste al lado de su capitán, y Colin metió la mano en un saquito que llevaba Bob colgado. De él extrajo una bomba Mill, y con enorme puntería la arrojó al submarino en el momento que se sumergía.

Parte del submarino voló hecho pedazos, y como el resto se hundiera, Mustapha y sus cómplices subieron a la cubierta, desde la cual se arrojaron al lago. Pero al salir a la orilla, los marineros, que ya habían dejado inútiles a los otros árabes, esperábanlos para pelear con ellos.



Renard, el jefe de la estación telegráfica, yacía en una de las tiendas atado, y la historia que contó aclaró todos los puntos del misterio.

La noche anterior había descubierto, por casualidad, que Ali y Ahmed eran espías, y que mientras trabajaban, en la telegrafía comunicaban a Mustapha detalles de los barcos que pasaban por allí.

Esta información permitía a los piratas submarinos escoger sus víctimas y saber la posición exacta de los barcos que se hallaban por aquellas proximidades.

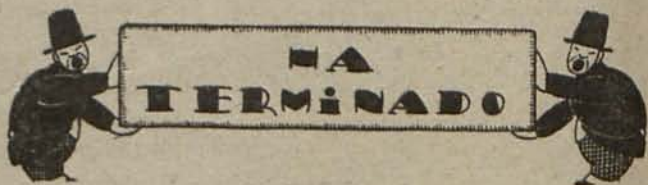
Las piraterías las llevaba a cabo el buque, inocente en apariencia, que Colin Wood registrara aquel día; pero los despojos de las piraterías pasaban en seguida al submarino, así como los tripulantes, que cambiaban con los del submarino.

Esta fué la causa de que el capitán Walton se hubiera quedado desorientado al ver que la tripulación del barco árabe no era la misma que había asaltado al *Sadie*.

Al enterarse Renard de plan tan atrevido y tan infame, no había tenido tiempo de comunicar el descubrimiento a la Policía, pues Ali y Ahmed lo habían secuestrado, entregándolo al jefe de los piratas.

En el campamento árabe encontraron los del *Huracán* las joyas robadas al *Sadie*, así como muchos otros botines procedentes de otras piraterías.

Poco después de amanecer, el destructor *Huracán* capturó al barco árabe y lo llevó a él y a todos los bandidos al puerto más próximo.





LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—¿Qué, doctor, se ha desbordado el torrente? —se oyó gritar a Miguel.

—¡Busquemos una roca alta! —gritó Vicente.

—¡Ya veo una! —respondió Miguel.

El doctor y Vicente se reunieron al fin con Miguel, el cual se había detenido al pie de una enorme roca que se alzaba solitaria en medio de la gran caverna.

—¿Y Roberto? —se preguntaron.

El joven, quizá perdida la orientación, debía haberse extraviado en dirección de la galería.

—¡Roberto! —gritaron los tres a un tiempo.

—¡Voy! —respondió el joven.

—¡Pronto!

En aquel momento un gran oleada, negra como el carbón de la mina, se precipitó con ímpetu irresistible al través de la caverna, estrellándose furiosamente contra las paredes y las rocas y sobre aquella en que se habían encastrado el doctor, Miguel y Vicente. Después pasó, rugiendo atronadoramente.

—¡Roberto! —gritaron los pescadores con desgarrado acento.

Sus voces se perdían entre el estruendo formado por las aguas.

Miraron hacia la galería, esperando descubrir la lámpara del joven pescador, pero nada vieron.

¡El desgraciado, arrastrado por las aguas, había desaparecido!

CAPITULO XVII

LA INUNDACIÓN

La explosión provocada por el loco había ocasionado aquella enorme catástrofe.

Los desprendimientos de rocas y carbones, siguiendo la pendiente natural del terreno, rodaron sobre el barranco abierto hacia, quién sabe, cuántos siglos por el continuo labor de las aguas y cegaron completamente el lecho del río. No encontrando por donde desaguar, la corriente se fué embalsando y terminó por desbordarse sobre la caverna con furia irresistible, anegando todo el suelo y arrastrando consigo enormes bloques de carbón que encontraba a su paso.

Aquella inundación inesperada fué tan rápida que impidió al desgraciado Roberto reunirse a sus compañeros. ¿Había sido muerto por los bloques que arrastraba la corriente, o había podido encontrar algún refugio en la galería? He ahí lo que preguntaban con ansiedad el doctor y sus compañeros.

Sus llamadas no obtenían respuesta. Los rugidos que producían las aguas en el interior de la galería eran de tal índole que ahogaban todos los esfuerzos de sus voces.

¿Qué había sido del loco? ¿Había muerto al producir la explosión o sobreviviría todavía? ¡Mejor habría sido abandonarle a su triste destino!

—¡Doctor! —dijo Vicente con lágrimas en los ojos—. Hay que buscar a Roberto a toda costa. Si hemos hecho tanto por salvar a ese maldito esclavo, más debemos hacer aún por nuestro pobre compañero.

—¿Qué intentas hacer, Vicente? —dijo el doctor con la voz velada por la tristeza—. ¿No ves que estamos rodeados por las aguas? ¿Quién se atreve a desafiarlas en estos momentos? ¡Sería nuestra muerte segura!

—¿Y no ha de cesar esta inundación?

—¿Quién sabe? Me parece que allá lejos, hacia la galería, borbotea el agua.

—¿Se habrá cerrado también aquel paso? —dijo Vicente, temblando de espanto—. Si así fuese podíamos despedirnos de la vida.

—Temo que los carbones y las rocas la hayan obstruido.

—¿Y qué será de nosotros si no podemos llegar otra vez al canal.

—Lo ignoro, Vicente.

—¿Y Roberto?... ¿Estará vivo aún?

—No veo su linterna por ninguna parte.

—Entonces habrá muerto.

—No desesperemos. Pudiera ser que se haya apagado su lámpara con el agua, pero que él esté vivo refugiado sobre alguna roca, o quizá haya sido arrastrado hasta el lago.

—¿Y nosotros?

—Confiemos en Dios, Vicente.

—No tenemos más que una lámpara, doctor.

—Ya lo sé.

—Y no nos durará mucho tiempo.

—Ya veremos.

—¿Qué haremos cuando nos falte la luz?

El doctor no contestó. Se había sentado en un resalto de la roca, con la cabeza apoyada en las palmas de las manos, y miraba con espanto las aguas que seguían elevándose rugiendo sordamente.

¿Qué hacer? ¿Qué intentar? ¿Cómo salir de aquella situación que de momento en momento se hacía más grave? ¿Estaban condenados a morir ahogados horriblemente en el interior de aquella mina? Todo lo hacía suponer, a menos que sobreviniese un milagro.

El río, desbordado de su lecho, continuaba derramándose por la caverna y cubriendo rápidamente las rocas más bajas. Las masas de agua no hallaban desahogo suficiente por la galería que estaba en parte obturada por el carbón y se arremolinaban violentamente, amenazando invadir toda la mina hasta llenarla.

Los montones de carbón que habían constituido su campamento estaban ya cubiertos por el agua que seguía subiendo con roncós mugidos, rodeando la roca que servía de refugio a los desgraciados exploradores.

Afortunadamente aquella roca, formada por una mezcla de carbón, roca calcárea y quizá partes de hierro, era bastante alta, unos quince metros, y llegaba casi hasta lo alto de la bóveda de la caverna.

En la cima tenía una especie de plataforma, capaz para doce o catorce personas.

Mucho tiempo había de transcurrir antes de que las aguas llegasen a rebasar aquel lugar, mas no por esto mejoraría la situación de los tres desgraciados aventureros. Alejados del canal, ¿qué podían esperar? ¿Cómo llegar hasta el mar o subir a la superficie de la tierra? Además, ¿cómo vivir sin tener provisiones con que aplacar su hambre, pues apenas les quedaban unos cuantos bizcochos?

El doctor se hacía todas estas consideraciones, buscando inútilmente un medio para huir de aquella desesperada situación. Habían transcurrido algunos minutos cuando sintió que una mano se apoyaba sobre su hombro.

Alzó la cabeza, y a la débil luz de la linterna vió a Vicente que le miraba. La cara del lobo de mar, reflejaba la más intensa emoción.

¿Qué quieres, Vicente?

—O mucho me engaño o Roberto está aún vivo —dijo el pescador con voz trémula.

—¿Qué te lo hace suponer?

—He visto allá lejos, en dirección de la galería, brillar una luz.

—¿Un fuego?

—La luz de una cerilla.

—¡Es posible! —exclamó el doctor levantándose.

—No tenía los ojos cerrados.

(Continuará en el número próximo.)

Los suscritores a PINOCHO tienen derecho a que se publique su retrato en la revista. Véase las condiciones en este mismo número.



BÁSİM EL HERRERO Y HARÚN ARRASID

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—Y yo te juro que si Dios me concede mañana sus beneficios, te traeré un cuenco lleno de *placer verde* (haxix) y dos libras de dulces; coceré cuatro libras de carnero, compraré para ti pan blanco por valor de dos monedas de plata, y mañana a la noche te daré una cena en la que comeréis los tres hasta hartaros.

—¡Que Dios te dé con largueza sus bienes y que aumente su generosidad para contigo! —exclamó el Califa, deseándole a la vez prosperidades inacabables. Y añadió:

—Hach Básım, nos despedimos de ti.

—Esperad a que amanezca —les dijo el herrero.

—No podemos, señor —contestó el fingido derviche—; tenemos que ir a la mezquita para hacer la oración con el *imám*.

—Id con Dios —les dijo Básım—; pero quiero ponerlos una condición, hermano.

—¿Cuál? —preguntó el Califa.

—Me habéis predicho que mañana va a venir mi felicidad y que Dios me concederá ampliamente sus beneficios.

—Efectivamente, te lo he dicho, y sin duda ninguna sucederá.

—Pues bien: si llega la hora de mi dicha y de que Dios me favorezca, venid aquí, yo os invito; cenaréis conmigo, como os he dicho; pero si no viene mi felicidad y mi condición no se mejora, os daré a cada uno cuarenta palos.

—Aceptamos —contestó el Califa.

—Por nuestra parte —dijo Cháfar— no conocemos ni la astrología, ni el arte de formar el horóscopo, ni nada. Este es el astrólogo que te ha echado la buenaventura y que te ha predicho el porvenir; si te sucede de manera distinta, es cuestión que resolveréis él y tú.

—Id con Dios, hasta mañana —dijo Básım—. Este nudo lo desatará quien pueda.

Y, despidiéndose de Básım, los tres derviches salieron de su casa con la risa en los labios.

—Cháfar —dijo el Califa—, ¿qué te ha parecido la noche que hemos pasado con este hombre? Por mi vida que me he divertido con él.

—Pues yo —contestó el visir— me he olvidado hasta de que tenía los vestidos empapados de agua; de tanto reír he sudado y entrado en calor, no acordándome siquiera del frío y del remojón. Ahora que desde que nos conocemos, oh rey del tiempo, es la primera vez que te he visto echar la buenaventura. ¿Por qué le has predicho que mañana conseguirá la felicidad? Y si no sucede así, ¿que va a pasar?

—Yo no le he predicho todo esto —replicó el Califa— sino con intención de burlarme de él. Te aseguro, por mi cabeza, que le haré jugarretas hasta aturdirlo; le produciré úlceras terribles, le imposibilitaré la vida, llegaré a secarle la saliva. En la noche que viene nos reiremos de él como nunca se ha visto

E inmediatamente volvió a Palacio e hizo la oración de la mañana, terminándola con mil plegarias por aquél que está a la sombra de las nubes (Mahoma). A continuación hizo llamar al gobernador de Bagdad y a los siete emires, y, de orden del soberano, cada uno de éstos envió a un pregonero con orden de publicar en las calles de la ciudad el siguiente bando:

«Habitantes de Bagdad: Por decreto y orden del Califa, el quinto de los Abasies, Harún Arraxid, todos los herreros de Bagdad deben cesar en el trabajo durante siete días. El que abra algún taller o se ocupe en cosas del oficio de herrero, bien sea en alguna tienda, bien en su casa, será perseguido por los agentes de la autoridad; el que sea cogido trabajando será ahorcado en la puerta de su tienda, sin que valgan recomendaciones en su favor.»

Así fué pregonado por las calles de Bagdad. La gente sería quedó consternada, y unos se preguntaban cuál podría ser la razón de tal orden y otros confesaban que sin duda habría una causa muy fuerte que justificase mandato de tal rigor.

Los siete emires recorrieron la ciudad y todos los herreros cerraron sus talleres y tiendas, en cumplimiento de la orden del Califa. Entre la gente fué aumentando el runrún, sin que nadie supiera de qué se trataba.

Por lo que toca a Básım, se despertó por la mañana, se levantó con el estómago vacío y con las tripas que se le podían torcer, pues se había acostado sin cenar. Se dirigió a su ocupación y llegó al zoco de los herreros, donde vió todas las tiendas cerradas y a los patronos en corrillos en medio de gran confusión, alarma y gritería. Se acercó a su maestro que estaba de pie delante de la puerta de su tienda, golpeando la mano derecha con la mano izquierda y preguntándose: «Tengo curiosidad por saber la causa de esto», y le dijo:

—Maestro, dame la llave para que abra la tienda.

—¡Dios te frustre los pocos medios de vida! —le contestó—. ¿Estás ciego que no ves todas las tiendas cerradas?

—Es verdad —dijo Básım—. Pero ¿de qué se trata, maestro?

—El Califa, nuestro Rey, ha hecho pregonar que todos los herreros deben cesar en el trabajo durante siete días.

—¡Ah! ¿Que Dios le amargue la vida! ¿Y por qué mandó esto?

—¿Quién lo sabe? Cállate y nada de protestas. Somos gente sumisa y no nos oponemos a las órdenes del sultán.

Duro resultaba esto para el pobre Básım. Se le iba la cabeza de hambre. Y reflexionando en lo que haría, le vino a las mientes el recuerdo de las tres personas que habían sido sus huéspedes en la noche anterior.

—¿Es esta la fortuna —se preguntaba— que me pronosticaban los derviches astrólogos, hijos de perro? Por mi fe juro que los he de buscar, y que allí donde me los encuentre les he de dar a cada uno una paliza que les recuerde la muerte.

Y diciendo y haciendo se puso a recorrer las calles de Bagdad, sin tropezar con ninguno de los que buscaba, aunque estuvo dando vueltas desde por la mañana hasta el medio día. Acertó a pasar por delante de un baño, donde vió a un bañero de pie a la puerta, y que precisamente era amigo suyo. El bañero, al ver a Básım, le dijo:

—¡Buenos días, Básım!

—Déjame; no me hacen falta tus buenos días, ni nada —le contestó el herrero con mal humor.

—Entra a bañarte, hombre —le dijo el otro.

—Te digo que me dejes en paz —insistió Básım.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué estás enfadado? ¡Cuéntame, por Dios; cuéntame lo que te pasa, hermano!

—¿Qué me sucede? —contestó Básım—. El alcahuete asqueroso del Califa ha echado un pregón prohibiendo a los herreros trabajar durante siete días. ¡Ya ves qué acciones!

—Calla, hermano —le dijo el bañero—, y no hables mal del Rey; a lo mejor te oye alguno de sus servidores y te dan un disgusto. Además que esta orden, ¿en qué te perjudica? Y seguramente tendrá alguna razón de ser.

(Continuará en el número próximo.)

Para ser suscriptor a PINOCHO sólo hace falta escribir a la Administración enviando el importe de un año (20 pesetas), o de un semestre (10 pesetas), o de un trimestre (5 pesetas).

EL FALSO CALIFA

CUENTO DECALLEJA EN COLORES

(Conclusión.)

—¿Qué noticias hay, jóvenes?

—Nada de particular, señor —contestó Cháfar—; salvo que no se te ocultará que mi compañero es comerciante, que él ha recorrido todas las grandes ciudades y las más importantes regiones de la tierra, que ha tratado a los reyes y a los magnates, y me decía: «Todo lo que esta noche está sucediendo a nuestro señor el Califa, es en extremo raro; no he visto a nadie en ninguna comarca del mundo que haga las cosas que él ha hecho, pues ha rasgado ya unos cuantos vestidos, valorado cada uno en un millar de dinares, y todo ello es muy extraño».

—¿Qué es eso? —exclamó indignado el falso Califa—. Los dinares son míos y los vestidos son míos, y esto es un medio de que yo me valgo para hacer regalos a mis criados y servidores, pues cada vestido es para uno de los que me acompañan, junto con quinientos dinares.

—Haces muy bien, señor —le dijo el visir Cháfar—. A ti puede aplicarse el dicho del poeta:

Las virtudes han construido su tesoro en la palma de tu mano, y tú has puesto tus riquezas a disposición de todo el mundo.

Si las virtudes quisieran cerrar las puertas del tesoro, tu mano sería la llave que lo abriera.

Por estos versos obsequió el falso Califa al visir Cháfar con mil dinares y un vestido de honor. Los vasos volvieron a correr de mano en mano, y la alegría reinó otra vez en la reunión. Harún Arraxid indicó a Cháfar por lo bajo:

—Pregúntale por los golpes cuyas señales lleva en las espaldas: veremos qué contesta.

—Repórtate, señor —le contestó Cháfar—, y tranquilízate: la paciencia es lo más hermoso de la tierra.

—Por la vida de mi cabeza y por la tumba de Alabbas (1) —replicó con furia sorda el Sultán Arraxid—, si no le preguntas lo que te digo, haré que se te corte el aliento.

—En esto volvió el falso Califa la cabeza y preguntó al visir Cháfar:

—¿Qué es lo que estáis cuchicheando tu compañero y tú? Cuéntame, cuéntame.

—Nada malo, señor —contestó Cháfar.

—Te conjuro por el nombre de Dios —insistió el falso Califa con aspereza— a que me cuentes lo que estáis hablando, sin ocultarme nada.

—Señor —respondió el visir—: mi compañero ha visto en tus espaldas huellas de azotes y cicatrices de golpes, y se ha admirado extraordinariamente, preguntándome: «¿Quién habrá podido azotar al Califa?», y deseando ardientemente conocer la causa.

Sonrióse el falso Califa y replicó:

—Habéis de saber que mi historia es extraña y maravillosa, tanto, que si fuera grabada en las pupilas del inteligente, podría servir de lección —dijo suspirando el mancebo—. Yo, señores, no soy el Príncipe de los Creyentes, y solamente me he dado este título con el fin de obtener lo que deseo de la gente de la ciudad. Me llamo Mohamed Ali, y soy hijo de Ali, rico joyero de Bagdad; mi padre era una persona de gran alcurnia, y murió dejándome dueño de grandes sumas de oro, de plata, de perlas, de corales, de rubíes, de

topacios, de piedras preciosas y de una inmensa riqueza de bienes inmuebles: baños, jardines, huertos, tiendas, hornos y de un incalculable número de esclavos y de sirvientes. Sucedióme cierto día mientras yo estaba sentado en mi tienda, rodeado de mis esclavos y sirvientes, que se aproximó una joven montada en una mula y acompañada de tres esclavas. Apeóse de su cabalgadura y entró a mi tienda.

—«¿Eres tú, por ventura, Mohamed, el joyero?» —me preguntó—. «Sí, señora; servidor y esclavo tuyo.» «¿Tendrás un collar de perlas, que me sirva?» —me dijo—. «Señora —le contesté yo—, te enseñaré todos los que tengo en mi tienda, y si alguno te gusta, será una buena fortuna para tu esclavo, y si no te agrada ninguno, mala suerte para él.» Tenía yo cien collares de perlas y se los enseñé todos, y ninguno le pareció bien. «Quiero —me dijo— algo mejor que lo que me has enseñado. Tengo yo un collar pequeño, que me com-

pró mi padre y le costó cien mil dinares, tan hermoso como no se hallará en ningún tesoro de los más grandes Sultanes.» Y yo le respondí: «Señora mía: tengo uno de piedras finas y de perlas, semejante al cual no lo posee nadie, ni grande ni pequeño.» «Enséñame» —me suplicó ella—. Y, así que lo vió, exclamó: «Esto es lo que yo deseo, y lo que estoy buscando toda mi vida... ¿Y qué precio tiene?» —me preguntó—. «Para mi padre —le dije— era de cien mil dinares.»

—¿Y para ti cinco mil dinares más? —interrogó ella con gracia—. «Señora, le repliqué yo con galantería —el collar y su dueño están completamente a tu disposición, con mucho gusto—. «Sin duda —concluyó la dama— tú debes de tener alguna ganancia, y aún he de darte infinitas gracias». Y seguidamente se levantó, montó con rapidez en su mula, y me dijo: «Señor, en el nombre de Dios, haz el favor de acompañarme a mi casa, donde recibirás el precio del collar: el día de hoy es para mí feliz».

«Me levanté, cerré la tienda, y fui acompañándola con toda seguridad, hasta que llegamos a su casa».

«Se notaban en el edificio trazas de prosperidad en el dueño; su puerta tenía incrustaciones de oro y plata, y sobre ella campeaba esta inscripción»:

¡Oh, mansión! ¡Que no penetre jamás en tus muros la tristeza!
¡Que la fortuna no traicione nunca a tu dueño!
Eres lugar feliz para todos tus huéspedes,
cuando se le cierran otras puertas.

«Apeóse la dama y entró en su palacio, diciéndome antes que me sentara en el poyo de la puerta, y esperase a que me trajesen mi dinero. Al cabo de un rato de estar sentado, salió una esclava y me dijo: «Señor, entra al zaguán, pues parece feo que te quedes en la puerta». Y, siguiendo sus indicaciones, entré al portal y me senté en un banco de madera. Poco tiempo transcurrió, y volvió otra esclava que me dijo: «Señor, mi dueña te suplica que entres y te sientes en la puerta del salón, para cobrar tu dinero». Yo me levanté y entré en la casa; en seguida observé un trono de oro, cubierto por rica cortina de seda; descorrióse la cortina y apareció sentada en la silla la dama que había estado en mi tienda: su rostro resplandecía como la luna llena; en su cuello lucía el magnífico collar que yo le había vendido. Quedé atónito y confundido a la vista de semejante



(1) Su antepasado, el tío del Profeta.



belleza. Ella se levantó, dirigióse hacia mí, preguntándome: «¿Por ventura sabes quién soy yo?» «Señora, por Dios que no —le contesté—. «Yo soy la señora Donia, hija de Yahya ben Jálid el Barmekuí, hermano de Cháfar, el visir del Califa».

«Y como notara que había despertado en mi corazón el amor, me dijo: «Yo soy libre para disponer de mi persona y seré tu esposa, según la ley de Dios, puesto que tú lo quieres». En seguida hizo venir al juez y a los testigos y les informó así: «Mohamed Alí, hijo de Alí el joyero, me ha pedido por esposa y me da este collar como dote; yo lo acepto y estoy conforme». Redactaron mi contrato matrimonial con ella y nos casamos.

«Un mes entero transcurrió, sin que yo me ocupara de la tienda, ni de la familia, ni de la casa. Cierta día me dijo mi esposa Donia:

«Señor y esposo mío. Deseo hoy ir al baño; tú puedes quedarte acostado en la cama, y espero que no te marches de la casa hasta que yo no vuelva: júramelo». Prometí yo cumplir su deseo y ella, volviendo a instarme a que no me marchara, tomó a sus criadas y se marchó al baño. Pero yo tuve necesidad urgente y salí de casa. Cuando regresé me dirigí a mi aposento, y observé que mi esposa ya había vuelto del baño y estaba durmiendo en la cama. Sentéme yo a los pies, y cuando abrió los ojos y me vió, dijo con rabia: ¡Traidor, que has faltado a tu palabra y violado tu juramento! Me prometiste que no te moverías de aquí, y me lo juraste, y te has marchado. ¡Eres un perjurio! Y llamando a un esclavo, le ordenó: «Sauad, ven y corta el cuello a este embustero, traidor, pues ya no nos hace falta para nada». El esclavo se adelantó, y, sacando un látigo de debajo de su vestido, me golpeó en los ojos con él y quiso cortarme la cabeza. Pero sus esclavas, grandes y pequeñas, se interpusieron, diciendo a la mujer: «Señora, no es este hombre el primero que falta, ni conocía tu carácter, ni ha cometido una falta que merezca la muerte». Y ella replicó: «Por Dios, que es absolutamente preciso que quede en su cuerpo huella de la ofensa que me ha hecho».

«En seguida mandó que me azotaran en las espaldas, y las cicatrices que habéis visto y os han chocado son las huellas de aquellos azotes. Luego ordenó que me echaran de su casa y, llevándome a una gran distancia, me dejaron abandonado.

«Me levanté con dificultad, y andando poco a poco, pude llegar a mi casa.

«Hice venir a un cirujano, que vió mis heridas, y con cuidado y diligencia empezó a curarme. Cuando mejoré y pude ir al baño, después de que se me pasaron los dolores y las molestias, fui a mi tienda, recogí cuantas cosas había en ella, las vendí y con su precio compré cuatrocientos esclavos como no los ha tenido ningún monarca, haciendo que cada día me acompañaran doscientos; me construí esta embarcación, que me costó cinco mil dinares; me fingí Califa, dándome un séquito de empleados y servidores, lo mismo que el Sultán, hasta con sus mismos trajes, y mandé luego pregonar:

«Todo aquél que pasee por el Tigris tendrá pena de la vida, sin plazo ninguno».

«Así llevo haciendo un año entero, y no he oído hablar de la dama misteriosa ni he visto sus huellas por ninguna parte.»

Calló el joven su relación y se puso a llorar amargamente. El Ca-

lifa Harún Arraxid, al conocer la historia del mancebo, se maravilló y exclamó:

—¡Gloria a Dios, que nada hace sin su causal!

Los tres forasteros pidieron permiso al joven para marcharse, él se lo concedió, y el Sultán, determinado a hacer justicia y a tratarlo con las mayores consideraciones, salió con sus dos acompañantes y se dirigió a palacio.

Cuando hubieron descansado y se hubieron cambiado de ropa, y Mesrur se presentó ante el Califa, éste ordenó al visir Cháfar:

—Traeme al joven de anoche.

Y obedeciendo Cháfar las órdenes del Sultán, fué a buscar al mozo, y después de saludarlo, le dijo:

—Ven a contestar a las preguntas del Príncipe de los Creyentes del Califa Harún Arraxid.

Siguiólo el joven de buen grado hasta palacio, aunque con el corazón oprimido por temor a las preguntas del monarca. Y así que estuvo ante el soberano, prosternóse humildemente, hizo votos por su prosperidad y su gloria, por la consecución de todos sus deseos,

por la perseverancia de su generosidad, por la cesación de males y castigos, y empleando su más exquisita cortesanía, le habló:

—¡La paz sea sobre ti, oh Príncipe de los Creyentes, protector de la congregación de fieles musulmanes!

Y recitó estos versos:

Que tu puerta sea deseada siempre como a Canba (1) y su polvo se ponga como huella sobre la frente de los hombres.

Hasta el extremo de que por todas las comarcas del mundo se pregone: «Esta es la macama (2) y tú eres Ibrahim».

Sonrióse el Califa y, devolviéndole los saludos, lo miró con ojos de benevolencia, le ordenó que se aproximara y se sentara ante él, diciéndole:

—¡Oh, Mohamed Alí!; desearía que tuvieras la bondad de contarme lo que te sucedió anoche, pues debe de ser cosa sorprendente y maravillosa.

—¡Perdón, oh Príncipe de los Creyentes! —exclamó el atemorizado mancebo—. Dame el pañuelo de la seguridad para que mi terror se calme y mi corazón se tranquilice.

—Cuenta con el amán (la seguridad) para tus temores y tus penas.

Y el joven contó su historia, sin omitir detalle.

El Califa, entonces, ordenó al visir Cháfar que hiciese venir a la real presencia a su sobrina Donia, hija del visir Yahya ben Jálid, la cual, una vez que llegó, se reconcilió con su marido Mohamed ben Alí, el joyero.

Y felices y tranquilos vivieron, hasta que los visitó la que termina con los placeres, la que separa a los compañeros más unidos.

FIN

(1) Templo de la Meca.

(2) La estación de Abraham, en el templo de la Canba, es lugar donde las plegarias son especialmente escuchadas.



OYE, PARECE QUE NO NOS RECIBEN MUY BIEN

COLORÍN Y SU PANDILLA



ESOS TRES SOCIOS QUE HAS METIDO EN EL CLUB SE HAN LLEVADO LOS FONDOS DE LA SOCIEDAD

CERCA DE CUATRO PESETAS QUE TENIAMOS PARA COMPRAR LOS TRAJES DE FUTBOLISTAS

YO NO LO HE HECHO COM INTENCION

TODO POR TU CULPA, COLORÍN



HAY QUE VER COMO SE HAN HECHO LOS AMOS DEL CLUB

¡AH! ¡SI NO FUERAN TAN GRANDES!

¡A VER COMO VAMOS A COMPRAR AHORA LOS TRAJES!



SI YO LLEGO A SOSPECHAR LO QUE IBAN A HACER YA COMPRENDEREIS QUE NO LOS HUBIERA ADMITIDO.

NOS HAS PARTIDO, COLORÍN.

¡POR MITAD!

¿QUÉ HACEMOS AHORA?



DEJADME PENSAR A VER SI SE ME OCURRE ALGO.

PUES A MI SE ME VAN A DERRETIR LOS SESOS.

YO ESTOY NEGRO DE TANTO CAVILAR.

YYO.



CARAY, QUÉ CARA MÁS TRISTE TENEIS TODOS ¿QUE OS PASA? ¿OS PUEDO AYUDAR EN ALGO?

¿EH?

¿CÓMO?

¿QUÉ?



PUES MIRE USTED.... NECESITAMOS UNOS TRAJES DE FUTBOLISTAS.

...Y NOS HAN ROBADO EL DINERO QUE TENIAMOS PARA COMPRARLOS.



¡VAYA POR DIOS! ¿Y CUÉSTAN MUCHO. ESOS TRAJES?

CINCO PESETAS CADA UNO.

TOTAL CUATRO DURITOS



¡BAH! ¡ESO ES POCA COSA! ¡OS LOS VOY A DAR!

¡ATIZA!

¡HOLA, QUE RIDOS COMPAÑEROS!



AQUÍ TENEIS LOS CUARTOS ¿A QUIÉN SE LOS HE DE DAR?

A MI, QUE SOY EL TESORERO.



ADIÓS, MUCHACHOS, YA VEO QUE ESTAIS CONTENTOS.

GRACIAS, SEÑOR.

GRACIAS

USTED SIGA BIEN



OYE, QUE ESOS SON PARA COMPRAR LOS TRAJES.

BUENO HOMBRE. COMO NOSOTROS NO SOMOS MÁS QUE TRES Y HAY DINERO PARA CUATRO TRAJES YA OS DAREMOS UNO PARA QUE OS LO REPARAIS

MIRA AQUEL QUE BONITO.

PARA MI EL DE CUADROS

ÚLTIMA MODA

BRANNER
THE N. S. P. CO. LTD. Copyright, 1934, by The Orange Tree Press



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



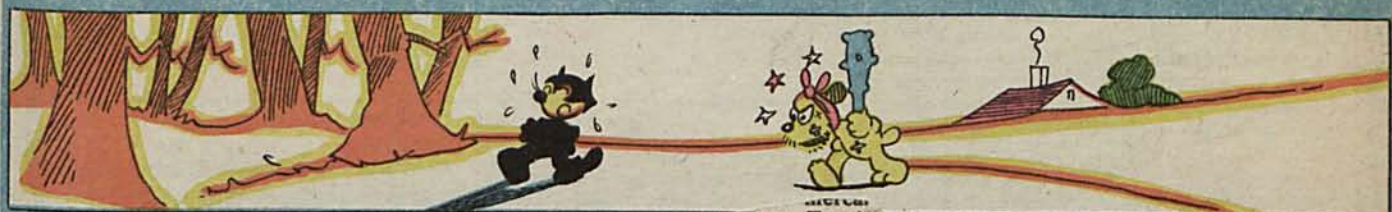
tido una falta que muerte». Y ella replicó: que es absolutamente pr. quede en su cuerpo huell: ofensa que me ha hecho».

»En seguida mandó que m taran en las espaldas, y la trices que habéis visto y chocado son las huellas de a azotes. Luego ordenó que una gran distancia

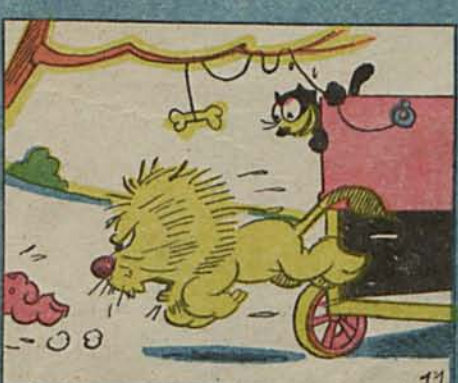
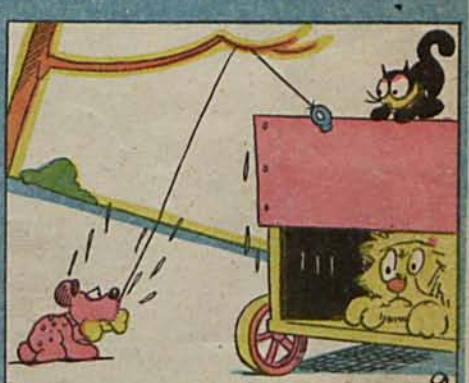
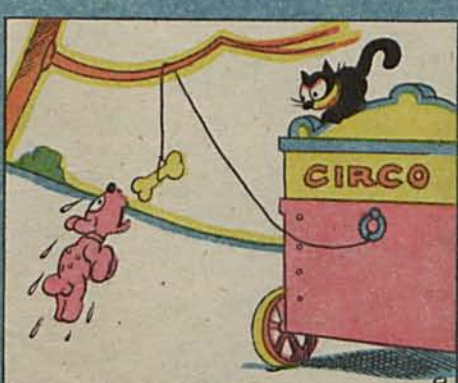
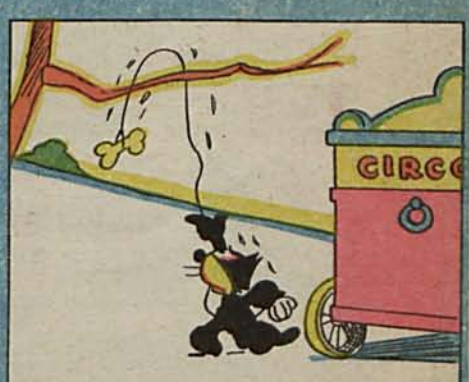
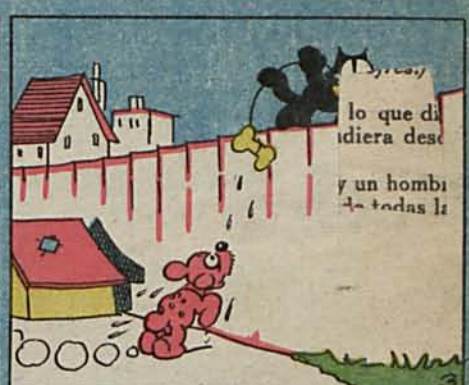
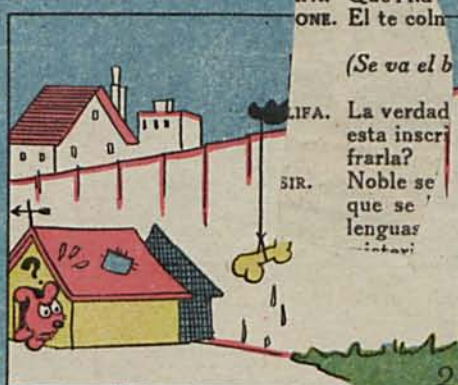




DACO MORRONGUAS, EL GATO TRAVIESO.

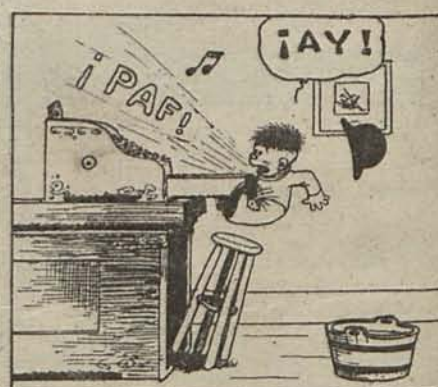


ONE. Tus des
IFA. Que Alá
ONE. El te colm





POTIPÁN Y CAÑAMÓN



EL TEATRO DE PINOCHO

EL CALIFA CIGÜEÑA

(COMEDIA EN TRES ACTOS, DIVIDIDA EN CUADROS, SOBRE UN CUENTO DE GUILLERMO HAUFF)

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

EL BUHONERO

Una sala del palacio del Califa de Bagdad. Un ventanal, al fondo, deja ver la ciudad maravillosa, llena de minaretes.

El Califa Chasid, sobre unos almohadones, ante una taza de café, fuma su gran pipa de palo de rosa.

Al levantarse el telón un soldado anuncia la llegada de Mansor, el Gran Visir.

SOLDADO. Mansor, el Gran Visir, desea llegar hasta ti, poderoso señor.

EL CALIFA CHASID. ¡Que pase al punto! *(Entra Mansor.)* Hace ya rato que te esperaba, mi buen Visir. Hoy es más tarde que otros días. ¿Cómo has podido retrasarte, precisamente hoy, que brilla el sol con más alegría que nunca, que el calor de la tarde da al cuerpo tan grata laxitud? ¿Tomarás conmigo una taza de café? Pero, dime, ¿qué te ha sucedido para llegar tan tarde? ¿Por qué ese aspecto pensativo, casi triste?

EL GRAN VISIR. Señor, no sé si tengo el aire pensativo o no; pero hay abajo, a las puertas de tu palacio, un buhonero que trae tantas cosas, que me contraría sobremanera no tener mucho dinero de sobra.

CALIFA. ¿Es esa la causa de tu preocupación, mi Gran Visir? Hace mucho tiempo que deseaba proporcionarte algún placer, y hoy, tú mismo, me facilitas esta alegría. A ver. *(Sale un soldado.)* Que conduzcan hasta mi presencia, inmediatamente, al buhonero que enseña sus mercancías a la puerta de mi palacio. *(Vase el soldado.)* Ya puedes alegrarte, Mansor. Elegiremos lo que quieras entre todas esas maravillas.

VISIR. ¡Oh, señor!, eres demasiado bondadoso para conmigo.

CALIFA. De algún modo he de premiar tus buenos servicios, tu lealtad y, sobre todo, el buen amigo que he encontrado en ti. Aquí llega el buhonero.

(Entra el buhonero, llevando cajas en sus manos, llenas de joyas. De sus brazos cuelgan sedas y tapices. Varios esclavos transportan arcas abiertas y colmadas de ricos objetos.)

EL BUHONERO. Señor, altísimo señor.

CALIFA. Ha llegado hasta mí la fama de tus mercancías. Deseo verlas.

BUHONERO. Pobres son ante ti, señor, que eres todo grandeza. Pero aquí están, y espero que alguna de ellas consiga agradarte.

CALIFA. Vamos a ver, vamos a ver. Acercadme esos cofres... Tú, Visir, curioséa por tu parte y separa cuanto quieras.

BUHONERO. De todo hay: joyas y sedas; piedras de lejanos países, engarzadas en ricos metales; pieles, anillos, perlas, plumas, armas...

CALIFA. Yo, por lo pronto, elijo para mí esta pistola damasquinada. Y para ti esta otra, mi buen Visir. Son un prodigio de adorno.

BUHONERO. El mejor armero de Stambul las fabrica, señor.

CALIFA. Pero tú nada eliges, Mansor, de todo cuanto hace poco querías poseer. Yo encuentro verdaderas maravillas. Mira, veo un peine de oro y pedrería que, seguramente, no desagradará a tu esposa. Y anillos y pulseras para tus hijas. Sepárame a mí aquellas raras plumas. Mis turbantes van estando muy vistos y debo cambiarlos. Y estos almohadones tan finamente bordados...

BUHONERO. En hilo de plata, los versos del Korán, señor.

CALIFA. Mira, Visir, qué pipa. ¿Traes tabaco, buhonero?

BUHONERO. Perfumado con hojas de rosa...

CALIFA. Separa dos cajas para mí y otras dos para mi Visir... ¿Y esto? ¿Qué es esa caja pequeña?

BUHONERO. Una tabaquera.

CALIFA. ¡Qué rara es! Se abre con un resorte. Y aquí ¿qué dice? Hay un papel con una inscripción. No entiendo lo que pone. ¿Sabes tú leerlo, Mansor?

VISIR. No acierto a comprender tal alfabeto.

BUHONERO. Estas dos cosas me las dió un comerciante que hubo de encontrarlas en una calle de la Meca. Yo no sé lo que contienen. Si las queréis os las daré por poco precio, pues a mí para nada me sirven.

CALIFA. Sí. Me las quedo.

VISIR. ¿Para qué quieres esa baratija, señor?

CALIFA. No es por la tabaquera, es por el papel. Yo tengo un gran archivo de manuscritos antiguos.

VISIR. Pero ¡si no sabes lo que dice en ese papel!

CALIFA. Tampoco sé lo que dice en mis manuscritos antiguos. Y, sobre todo, es un capricho. ¿No puedo yo tener caprichos?

VISIR. Todo te está permitido, hijo del profeta.

CALIFA. Ea, pues me quedo con esto y con todo lo que he apartado. Mi tesorero te pagará cuanto sume la compra total.

BUHONERO. Gracias, poderoso señor.

CALIFA. Y si alguna vez pasas por Bagdad nuevamente y traes mercancías tan hermosas como hoy, no dejes de avisarme.

BUHONERO. Tus deseos serán luces encendidas en mi memoria.

CALIFA. Que Alá te guarde.

BUHONERO. El te colme de dichas.

(Se va el buhonero y los esclavos que traen los cofres.)

CALIFA. La verdad es que me agradaría mucho saber lo que dice esta inscripción. ¿Tú no conoces nadie que pudiera descifrarla?

VISIR. Noble señor y amo. En la Gran Mezquita hay un hombre que se llama Felino el Sabio, el cual entiende todas las lenguas. Hazle venir y quizá él sepa lo que dicen estos misteriosos trazos.

CALIFA. Me parece bien. ¡Capitán de mi guardia! *(Entra el capitán.)* Traeme ahora mismo al que llaman Selim el Sabio, que vive en la Gran Mezquita. Deseo consultarle. ¡Pronto!

(Vase el capitán.)

VISIR. Pero, ¿qué necesidad tienes, señor, en saber?...

CALIFA. Es un capricho. Hemos quedado en que yo tengo tanto derecho a tener caprichos como otro hombre cualquiera. Claro que puedo pasarme muy bien sin saber lo que dice ahí; pero no quiero quedarme con esta curiosidad dentro. Sospecho que ha de ser alguna cosa maravillosa.

VISIR. Señor, tu poca edad te hace soñar en aventuras.

CALIFA. Mejor. ¿Has visto nada más bonito que soñar en aventuras?

(Entra el capitán, acompañado de Selim el Sabio.)

CAPITÁN. Este es el hombre a quien llaman Selim el Sabio. *(Vase.)*

CALIFA. ¿Eres tú el sabio?

SELIM. Nadie lo es sino Alá.

CALIFA. Bueno, Selim. Dicen que eres muy sabio. Estudia este escrito y ve si puedes leerlo. Si lo descifras, te regalaré un traje bordado en oro. Pero si no logras entenderlo te haré dar doce bofetadas y cincuenta y cinco latigazos en las plantas de los pies por haberte llamado sabio sin merecerlo.

SELIM. Tu voluntad se hará, poderoso señor.

CALIFA. Aquí tienes el papel.

SELIM. Veamos. *(Alegremente.)* ¡Si esto no es latín, señor, me dejo ahorcar!

CALIFA. Si es latín, dime lo que dice.

SELIM. Así dice, literalmente traducido. «Quienquiera que sea el hombre que esto encuentre, que alabe a Alá por su misericordia. El que aspire un poco del polvo que hay en esta tabaquera, diciendo al mismo tiempo: «Mutabor» podrá convertirse en el animal que quiera y entenderá el lenguaje de los animales. Si quiere recobrar su primitivo estado de hombre, no tiene más que volverse hacia Oriente, inclinarse tres veces y decir la misma palabra. Pero que se guarde mucho de reírse una vez convertido en animal, pues si lo hace, olvidará por completo la palabra mágica y quedará animal para siempre.»

CALIFA. ¡Magnífico! ¡Estupendo! Eres un sabio muy grande y este papel tiene una virtud sorprendente. Mi guardarropa te dará el traje bordado en oro que te he prometido. Puedes marcharte; pero, antes, prométeme no confiar a nadie este secreto del papel.

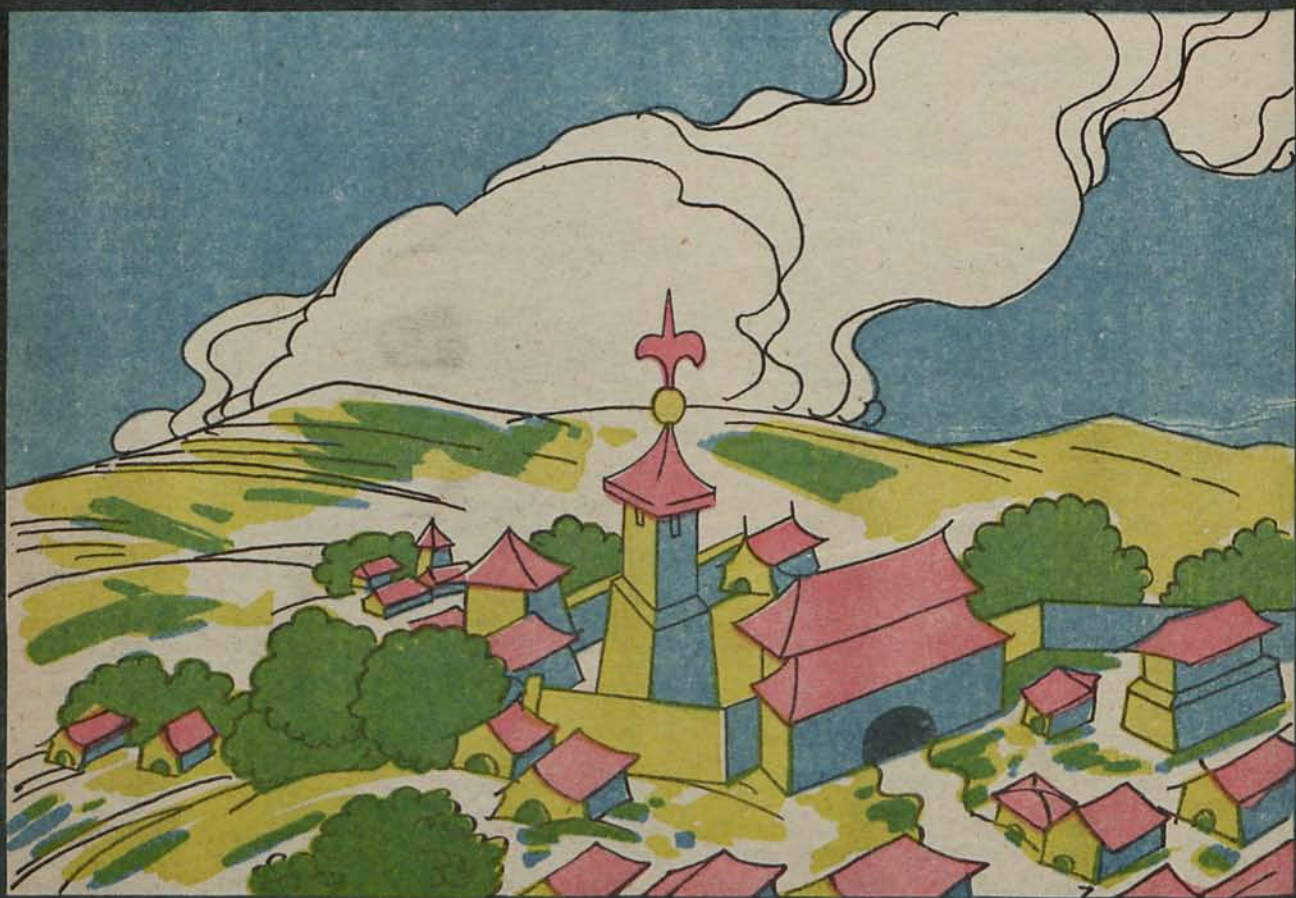
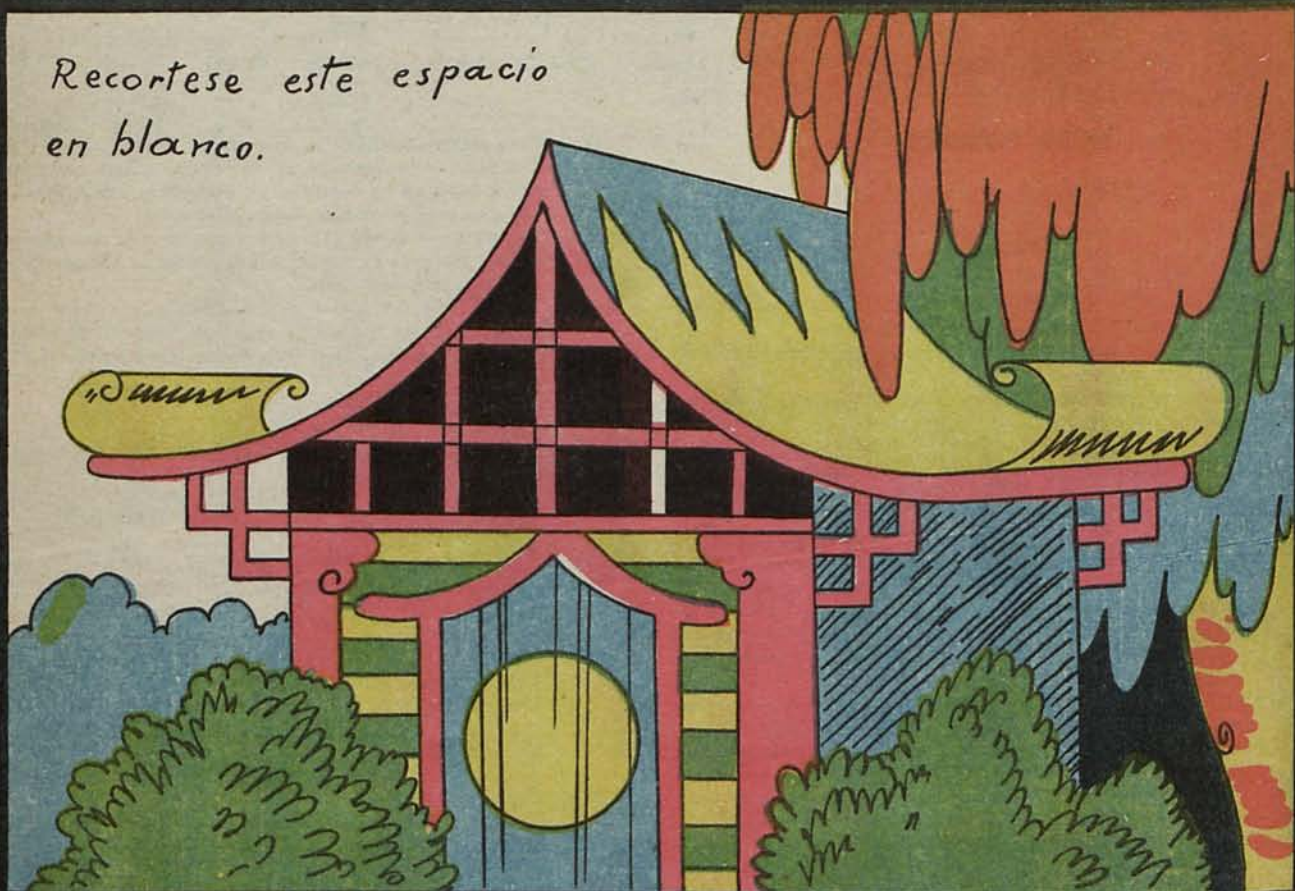
SELIM. Tu deseo es ya una orden y obedecerte es cumplirla. Por otra parte, el caso es tan maravilloso, que si lo contara a los hombres, me tomarían por loco. Alá te guarde, señor.

CALIFA. El te guie y aumente tu ciencia. *(Vase Selim.)* ¡Esto se llama hacer una buena compra, Mansor! ¡Cuánto me alegro poder convertirme en animal! Mañana, ven temprano. Iremos al campo, aspiraremos un poco de los polvos de la tabaquera, y podremos entender lo que se habla en el aire y en el agua, en el bosque y en el campo.

TELÓN

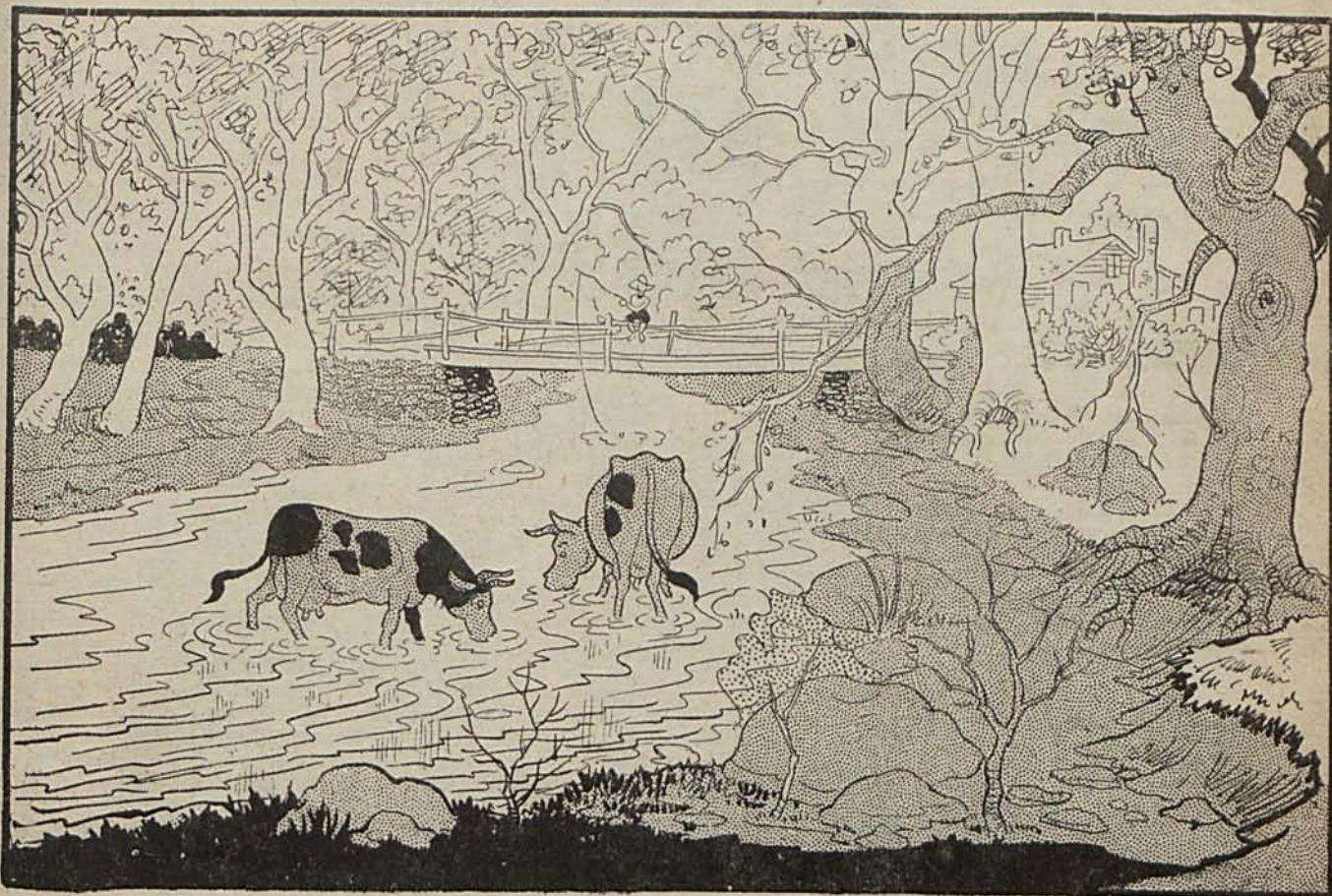


Recortese este espacio
en blanco.



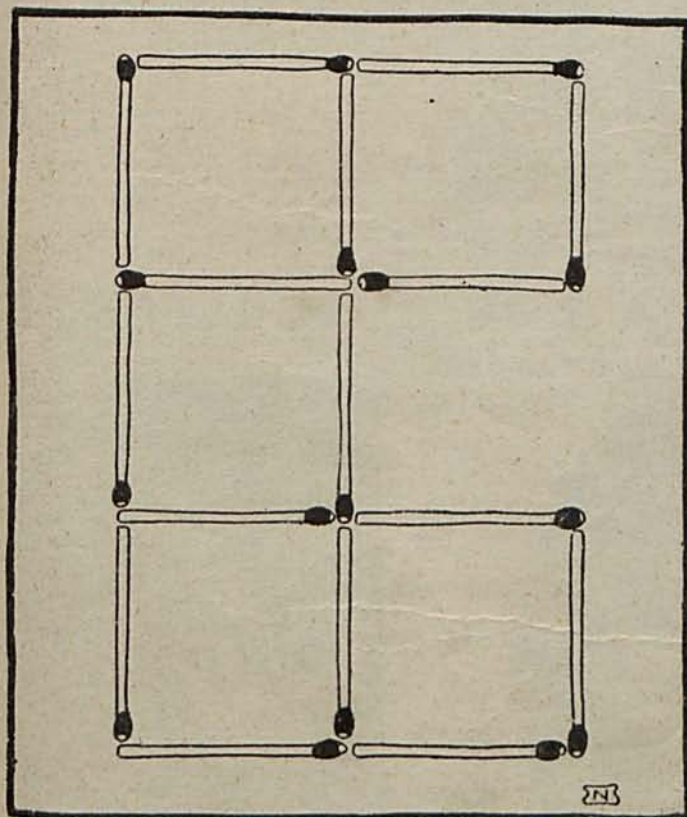
CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

ROBERTO Y CELIA



Roberto y Celia salieron un día al campo con ánimo de coger flores y hacer un ramo para regalárselo a su mamá, por ser el día de su santo. Cuando más distraídos estaban, aparecieron en el río dos enormes vacas. Tal fue el miedo que la presencia de los animales dió a los niños, que éstos se escondieron entre el paisaje. ¿Seréis vosotros capaces de hallarlos?

PROBLEMA DE LAS CERILLAS



Aquí tenéis cinco cuadros perfectos contruidos con diez y seis cerillas. El problema consiste en cambiar de lugar tres cerillas, de manera que con sólo este cambio, y sin quitar ninguna cerilla, quede reducido el dibujo a cuatro cuadros.

LA ESTRELLA DE SEIS PUNTAS



Con estos quince trozos que os doy en este dibujo, habéis de formar una estrella de seis puntas.

Los suscritores a PINOCHO tienen muchísimas ventajas y regalos, además del cariño especial de PINOCHO

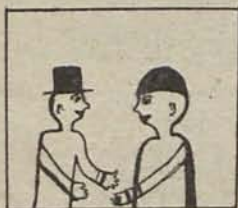
COLABORACION PINOCHISTA

CHISTES



—¿...?
—Pues nos parecemos a los carpinteros en que estamos junto a la sierra.

F. GONZÁLEZ.
Diez años. Ceuta.



—¡Oye! ¿Qué le pasa a Paco?
—Está en la miseria. Antes no podía comer por no tener dientes, y ahora, si quiere comer, tiene que vender la dentadura.

VICTOR MANUEL CORUGEDO.
Diez años. Cangas de Onís.



—¡Pobre Mengánex, qué malo está!
—¡Tan buen actor como eral! Mira tú lo que tiene el ir con malas compañías.

CARLOS FERNÁNDEZ.
Doce años. Madrid.



—¿Qué quieres que te traiga de la plaza, frutas o pasteles?
—Nada de eso; quiero el PINOCHO.

MARÍA DOLORES DEL VILLAR.
Doce años. Málaga.



—¡Oye, papá! ¿Todo lo que se siembra, sale?
—Si está bien sembrado, sí, hijo mío.
—Entonces, voy a sembrar patatas fritas.

RAMONA ERASO.
Trece años. Cuenca.



—¿Te empeñas en no venir conmigo a las carreras?
—No, no y no.
—Cuidado que eres ca-bezota.

CARMEN ESPINOSA.
Madrid.



—Hijo mío, hoy no puedes salir porque tienes la voz tomada.
—¿Cómo voy a tener la voz tomada si es lunes!

MANOLO ROBLES.
Madrid.



—¿Cómo con quince años has crecido tan poco?
—Es que hasta el año pasado hemos vivido en cuarto muy bajo de techo.

PEDRO RUIZ.
Trece años. Cabeza del Buey.



—Eso que lleva ¿son lentes?
—No, señor; son gemelos.

ANGELITA BAÑOS.
5 años. Fuenterabías.



Pues sí, señor; el colmo de un florero es tener buenos pensamientos.

ADRIÁN TALEGÓN.
11 años. Madrid.



—¿Sabes lo que nunca podrá hacer un jorobado?
—Estudiar derecho.

LAURA BAIZÁN.
Once años. Ceuta.



Esta locomotora se parece a una olla en que tiene vapor y pita.

VICTOR FERNÁNDEZ.
Once años.



Pues sí, amigo Gutiérrez; el colmo de un mudo es comprar la voz por diez céntimos.

R. RODRÍGUEZ.
Trece años. Marín.



—¿Qué llevas ahí, un sombrero para tu señora?
—¡Ca! Una caja de píldoras para el hipopótamo.

MARÍA DEL PILAR BERAZÁN.
Catorce años. Carcaña.



Como podéis ver, el colmo de este pintor es pintar el cielo... raso.

VICTOR FERNÁNDEZ.
La Magdalena.



—Currinche, ¿dónde abundan más las calabazas?
—En la escuela, Don Turulato.

CRISTINA R. DE LA CUESTA.
Once años. Santander.



—¿En qué se parecen los moros rebeldes a las cerillas?
—En que tienen cabecilla.

CARLOS QUESADA.
Doce años. Madrid.



Más que esta bola de corcho, a mí me gusta el PINOCHO.

ADRIÁN TALEGÓN.
Madrid.



El colmo de un zapatero es coser con el cabo de San Vicente y calzar el pie de la torre.

MANUEL HIDALGO DOMÍNGUEZ.



—Doña Tecla, ¿sabe usted en qué se parece un cepillo a un elefante? Pues en que no se pueden subir a los árboles.

G. R.
Trece años. Barcelona.



—¡Otro suspense! Chico, eres como la procesión del Corpus, que todos los años sigue el mismo curso.

JOSÉ AMIGUETI.
Tetuán.



—¿Qué es pila eléctrica?
—Pila eléctrica es...
—No contesta. ¿Acaso le preocupa la pregunta?
—No, señor; es la respuesta.

ALBERTO SIMÓN.



—Ya lo sabes, en mi casa se añade a la leche agua filtrada y almidón del mejor. Yo no soy un lechero desaprensivo.

ANTONIO VILDOSO-LA.—San Sebastián.



—¿No te gusta ir al colegio?
—Ir, si me gusta; pero quedarme allí, no.

A. B.
Ocho años. Melilla.



—¿Sabes en qué se parece el circo de Priece a una «moto»?
—No, chico; no caigo.
—Pues en que uno es teatro-circo y la otra te atro-pella.

MILAGRITOS.
San Rafael (Segovia).

REGALOS MENSUALES A LOS SUSCRITORES

PINOCHISTAS PREMIADOS



Carlos Marcos Villa.
Cangas de Tanco (Asturias). Favorecido con el tercer premio del mes de abril.



María del Pilar Gallo.
Santander. Favorecida con el primer premio del mes de abril.



Amella Aranda.
Zaragoza. Favorecida con el cuarto premio del mes de abril.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy.

—Hoy quisiera saber, amigo buho, ¿qué son los cometas, esos señores que pasean por el cielo, petulantes, luciendo una cola luminosa...

—¡Oh, generoso Chonón, cuán grande es tu curiosidad! Te interesan las cosas terrenales, las plantas, las flores, los animales, todo, y te interesa, además, el firmamento, las estrellas, los planetas, los satélites. Que nunca, adorable Chonón, se apague esta tu saludable sed, el deseo ferviente, cada vez más grande, de conocer el mundo en todos sus pormenores.

—Así sea, querido buho.

—Me preguntas por los cometas. Bien. La mayoría de la gente cree que entre la tierra y los demás astros no existen otros cuerpos de mayor importancia, aparte del éter. Ello es un error. Si fuera posible un viaje a Marte, por ejemplo, nos encontraríamos en el camino, bogando en los mares interplanetarios, infinidad de sustancias desconocidas para nosotros. Encontraríamos orgullosos cometas, luciendo, satisfechos, su luminosa cola; inocentes, extraviados meteoritos, y una sustancia polvorienta, que los astrónomos han llegado a denominar, muy acertada y bellamente por cierto, «polvo cósmico».

—¿Todo eso?

—Todo eso nos saludaría en el camino de la tierra a Marte.

—¿Y qué son los cometas?

—Me explicaré, querido Chonón. Observa, primeramente, que hay dos clases de cometas, por decirlo así: unos que giran alrededor del Sol, constantemente, como la Tierra, y otros, que aparecen una vez y desaparecen para siempre. ¿Para siempre? Es posible que no. Estos últimos cometas tienen, sin duda, un recorrido tan largo que, cuando vuelven a pasar junto a nuestro planeta, han transcurrido ya miles y miles de años. ¿Quién se acuerda de ellos, entonces?

—Pero dime: ¿cómo son los cometas?

—No te impacientes. Un cometa ordinario, cuando se halla lejos de la tierra, ofrece el aspecto de una estrella cualquiera; pero basta que le miremos con un telescopio para que veamos, inmediatamente, cómo el cometa tiene una forma, un aspecto distinto, inconfundible, que nada tiene que ver con el de los planetas, las estrellas o las nebulosas. Tiene el cometa, primeramente, una «cabeza», con un centro perfectamente luminoso, rodeado éste de una suerte de nube, la cual semeja una cabellera. (Fíjate que la palabra cometa deriva del vocablo griego *kome*, que significa cabello.) A la porción más luminosa, central, del cometa, han dado en llamarla «núcleo», y de éste procede aquella nebulosidad blanca, emanación de un centro potentísimo de calor.

—¿Y todos los cometas tienen cola?

—Todos los cometas tienen cola cuando se hallan cerca del Sol, y carecen de ella, todos los cometas, cuando se encuentran en el frío espacio, lejos del astro rey.

—¿Qué sucedería, querido buho, si la cola de un cometa tocara la Tierra?

—No sé qué decirte. Según la opinión de algunos sabios, no pasaría nada. Es tenue, rala, la sustancia que compone esa cola, y parece que no ocasionaría daño alguno. A través de esa cola se columbran, a veces, las estrellas, y ello nos hace suponer la escasa influencia que ejercería en nuestro planeta aquel apéndice de los cometas, caso de tocar, por raro destino, en nuestro suelo. Además, no podemos considerar los cometas como cuerpos sólidos, más bien como un conglomerado de partes pequeñísimas, en su mayoría compuestas de gases.

—¿Y hay muchos cometas?

—Muchísimos. El más extraordinario es el denominado Halley, nombre del sabio que lo descubrió, o, por mejor decir, que lo «confirmó». Ya en 1607, Képler lo había visto. Halley, en 1682, descubrió un cometa que ocupaba idéntica posición que el descubierto por Képler. Halley, entonces, se dedicó al paciente estudio y averiguó, al cabo, que dicho cometa aparecía cada setenta y cinco años, después de caminar alrededor del Sol. El cometa, efectivamente, fué visto en 1759, en 1835, y, últimamente, su aparición fué anunciada para 1910. Este anuncio originó en el público una gran expectación. Todos los astrónomos del mundo orientaron sus telescopios hacia el cielo, deseosos de estudiar, ahora con el auxilio de los nuevos inventos, la composición del fugitivo cometa.

—¿Y observaron algo?

—Observaron muchas cosas, querido Chonón. Observaron, primeramente, cómo los cometas, compuestos de sustancia disgregable, se veían sometidos a una muerte segura. Por lo menos, según las nuevas observaciones, son los cometas de una vida breve —breve, desde luego, en comparación con la existencia larguísima, interminable, casi eterna, de los demás astros—. En cuanto al cometa Halley, lo encontraron los astrónomos bastante desmejorado, pequeño, disminuido. El tapiz de Bayeux, tapiz notabilísimo, que representa aquel cometa, da una idea espléndida de la magnitud que ofrecía el Halley, en 1066. De esta fecha a 1910 es mucho lo que ha perdido el referido cometa.

—¡El pobre!...

—Otro día, ya con más tiempo, te hablaré de los meteoritos y del... ¿Cómo te dije antes?

—Del «polvo cósmico».

—Eso es, del polvo cósmico.

CORRESPONDENCIA

Margarita Fuentes.—Supongo en tu poder el gran diploma que te correspondió, junto con la mención honorífica, por tu admirable trabajo publicado en el número 53 de mi revista. Modera tu impaciencia, ahora, con tus nuevos dibujos. ¿Saldrán? Sin duda alguna. Pero no puedo indicarte fecha, día, con exactitud.

Ernestito Colmen.—Mi querido Ernestito: Me remites el número de tu suscripción. No lo necesito, pues demás sé yo —¿cómo no!— que se trata del 2918. Para el espléndido sorteo mensual, efectuado única y exclusivamente entre suscriptores, no es preciso papeleta alguna. Basta que seas suscriptor, y nada más. Sin más requisito, si eres, como estoy seguro que lo eres, un Pinochista de suerte, ya verás tu nombre y tus apellidos, el día menos pensado, en la lista de los premiados suscriptores.

Joaquín León.—Creo en tus manos los cuentos que me pediste hace tiempo. Te creo satisfecho. Para colaborar en PINOCHO bastará que me remitas los cuentos, los chistes, las historietas, los dibujos acompañados de sus correspondientes cupones, que comenzaré a publicar apenas haya salido yo de tanta colaboración como tengo acumulada.

Roberto Prieto Sánchez.—Querido Roberto: He recibido tu magnífica *Carta geográfica*, la cual, no obstante ser magnífica, no podré publicarla. Desde hace tiempo —algunos meses— somos Pirula y yo quienes hacemos los problemas, a petición de los Pinochistas. Por este motivo, ya comprenderás, no podemos dar en PINOCHO tu ilustrador y cultísimo jeroglífico. Tus dibujos, en cambio, tu *César* y tu *antiguo dandy*, aparecerán.

Recibe afectuosos recuerdos de Pirula, Anita, Potipán, Cañamón, etc., etc.

Aurorita Carrasco.—Por tu carta me informo de que has recibido, en muy buenas condiciones, *Pinocho en la India* y *Pinocho caza un león*, y todas las demás cosas correspondientes a tu suscripción. Bien. Me informo, además, por tu carta, de tu tremendo disgusto. No te apures, simpatiquísima Aurorita. Tus trabajos han de salir muy pronto. Para ello, para aligerar las arcas de la colaboración, no publico cupón en estos días, ya vea. En cuanto a los trabajos que tienes ahí, como dices, acumulados, esperan-

do mi contestación, mándamelos conforme reanudemos en PINOCHO la publicación de los cupones. Bien sabes tú que Anita, Pirula, Currinche y todos los demás amigos, te quieren apasionadamente. Por lo que a mí hace, adorable Pirulina, busco la ocasión de servirte, beneficiándote grandemente, como yo sé hacerlo con las Pinochistas simpáticas, inteligentes, ingeniosas, como tú.

Nieves Fernández.—He recibido tu magnífico aeroplano, que publicaré. No echaré en saco roto la indicación que me haces para el teatro.

Mannuel González.—Mi querido Manuel: «Dime con franqueza si lo hago bien», me preguntas en tu carta. A lo que yo contesto, con entera franqueza, que lo haces perfectamente, que tu dibujo merece toda clase de elogios. Como puedes suponer, espero con verdadera impaciencia esa obra genial, extraordinaria, que ha de hacer para mi revista tu hermanita Amparito.

Abrazos de Morronguis, Potipán, Cañamón, Currinche, Don Turulato. Y efusivos recuerdos de Anita y Pirula, para Amparito.

Edelmira García Tuñón.—Con mucho gusto publicaré tu dibujo, que es magnífico, si hubiera llegado a tinta —tinta negra—, como tengo ordenado.

Elena Gómez.—¡Cómo no! Admitido.

Elvira Gómez.—El cuento de Margarita, saldrá.

Mercedes Rey.—Mi queridísima Mercedes: Acabo de recibir tu carta. En este momento doy las órdenes oportunas para que te remitan inmediatamente la colección de PINOCHO, empastada. ¡Que rabie Chapete! Ya recibí tu suscripción, a su tiempo. Como es costumbre (tus letras producen aquí, siempre, una expectación indescriptible), tu carta ha sido leída por toda la Redacción, y ha originado, como siempre, tu carta, una extraordinaria alegría. No dejaré de publicar tus admirables dibujos. ¿Sería ello posible? El retrato que me remites —mi efígie— es maravilloso. Y en cuanto a tu *English teacher*, no tengo que decirte nada: un primor, algo definitivo.

Recuerdos a Cucha y a Buby, y de todos mis compañeros una multitud de abrazos y apretones de manos para ti y para tus hermanitos.

Concursos de Problemas y Pasatiempos del mes de febrero.

FALLO DEL JURADO

Pasado el tiempo reglamentario, se constituyó un tribunal especial, competentísimo, para juzgar las soluciones de los concursos del mes de febrero. Día tras día, en una labor abrumadora, Pinocho, Pirula y Morronguis, que formaban el tribunal, trabajaron sin descanso, buscando en las innumerables soluciones recibidas, las cinco soluciones más acabadas y perfectas. El éxito, siempre seguro, cuando se trata de Pinocho, coronó la penosísima labor, y he aquí los nombres de los cinco Pinochistas afortunados en esta nueva serie:

Primer premio: Un lote de libros, por valor de 25 pesetas, a la Pinochista Carmen Zaldivar Garci-Alfonso (Santa Eulalia del Campo, Teruel).

Segundo premio: Un lote de libros, por valor de 20 pesetas, a la Pinochista Rosario Moretón Merino (Valladolid).

Tercer premio: Un lote de libros, por valor de 15 pesetas, al Pinochista Arturito Azpeitia (Alloza, Teruel).

Cuarto premio: Un lote de libros, por valor de 10 pesetas, al Pinochista José Antonio Eguileta (Vitoria).

Quinto premio: Un lote de libros, por valor de 5 pesetas, a la Pinochista Julita Antón Savadie (Madrid).

LOS REGALOS DE JUNIO

Sorteados entre los suscritores de PINOCHO los regalos del mes de Junio, han correspondido a los siguientes suscritores:

- Primer premio. . 25 pesetas en dinero efectivo a la Srta. Concha de Grandes.—Sigüenza.
Segundo premio. . 15 pesetas en libros, a D. Jaime y Pilar Milans del Bosch.—Málaga.
Tercer premio. . 10 pesetas en libros, a D. Alfonso Ponte.—Madrid.
Cuarto premio. . 5 pesetas en libros, a la Srta. Irene de Quesada.—Valencia.
Quinto premio. . 3 pesetas en libros, a D. Mariano Guitián.—Madrid.

Estos mismos regalos se sortearán todos los meses entre nuestros suscritores.

Para retirar los premios será necesario escribir a PINOCHO (Apartado 447.—Madrid), indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del PINOCHISTA premiado e incluso un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.

Leed las grandes ventajas y regalos reservados a los suscritores

Son de dos clases: regalos generales y regalos especiales.

REGALOS GENERALES

1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).

2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).

3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.

4.º Derecho a tomar parte en los concursos de Problemas y Pasatiempos. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES por año, por semestre o por trimestre.

5.º Derecho a tomar parte en la Colaboración Pinochista. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN EN PINOCHO.

Los Regalos generales no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los regalos generales, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para los suscritores por un semestre; otros para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los regalos especiales son los siguientes:

Si la suscripción es por un año

1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

2.º Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas.

3.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

4.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 30 por 100.**

5.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas).

Si la suscripción es por un semestre

1.º Un tomo, gratis, de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100.**

3.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas).

Si la suscripción es por un trimestre

1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100.**

2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas).

BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D.

calle de núm. Pueblo

..... Provincia, se suscribe a

PINOCHO por (1)

UN AÑO.....	} cuyo importe de {	veinte pesetas (23 pesetas) (2).	} remite a la Adminis-
UN SEMESTRE...		diez pesetas.....	
UN TRIMESTRE..		cinco pesetas.....	

tración de PINOCHO, Calle de Valencia, 28 (3), en (4) También remite 1,50 pesetas (5) para gastos de envío, etc., de los regalos de suscriptor. En total remite pesetas.

(Fecha y firma.)

(1) Bórrase lo que no convenga.

(2) Los suscritores por un año pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción, o sea en total: 23 pesetas.

(3) Para tener derecho a los regalos de suscriptor, hay que pagar la suscripción a la Administración directamente, o sea sin intermediarios.

(4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indíquese quién y dónde lo ha impuesto.

(5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

SUSCRICIONES A PINOCHO «CERTIFICADAS»

A partir del 1.º de abril de 1926 admitimos suscripciones por un año a PINOCHO, certificadas; es decir, que remitiremos cada número semanal certificado, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción por año certificada es:

23 PESETAS

Los actuales suscritores que deseen recibir desde ahora certificada la revista, deben abonar un nuevo año de suscripción al precio indicado, y mediante ese abono les serviremos no sólo toda la suscripción nueva, certificada, sino certificados también, y sin pagar nada por ella, los números restantes de la suscripción anterior.

Los que hayan renovado su suscripción por un año después del 1.º de enero de 1926, podrán recibir su suscripción certificada, sin necesidad de abonar otro año de suscripción, sólo con abonar **dos pesetas cincuenta céntimos** para dicho fin.

IMPORTANTE

Algunos Pinochistas han hecho envíos por Giro Postal impuestos por personas de distinto nombre. Otros escriben con su solo nombre, sin apellido o sin mencionar el pueblo o la dirección completa. Por esto, a veces recibimos giros que no sabemos de momento a quién corresponden, lo que ocasiona trastornos administrativos e irregularidades en perjuicio de los propios Pinochistas.

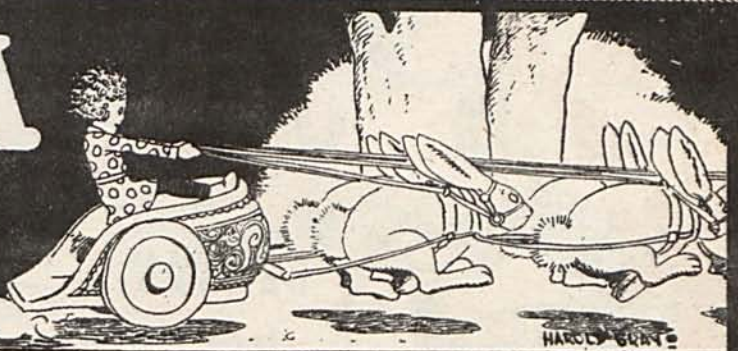
Para evitar esto, Pinocho os ruega que tengáis presentes estas indicaciones:

1.º Todas las cartas deben venir firmadas con nombre y apellidos y con la dirección completa del remitente.

2.º Cuando se envíen fondos por Giro Postal debe indicarse el número de éste, la fecha de la imposición, la Administración en que se ha hecho y el nombre de la persona que figura como imponente.

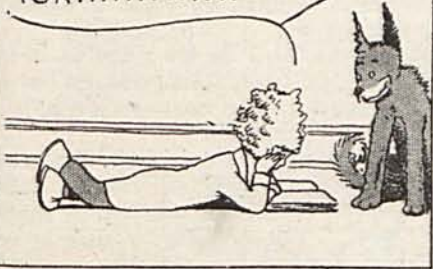
3.º Con las cartas que necesiten respuesta se deben enviar 50 céntimos en sellos.

ANITA BUEN- CORAZON



HAROLD GRAY

MIRA, PELUCHO, DICE ESTE LIBRO QUE UNA VEZ VENIAN UNOS BANDOLEROS POR UN CAMINO, LOS VIO UN PASTOR.....



...Y FUÈ ENSEGUIDA A AVISAR A LOS VECINOS DE UN PUEBLO CERCANO.....



.... DE DONDE SALIERON CON GARROTES Y MATARON A TODOS LOS BANDOLEROS.



... Y AL PASTOR LE LEVANTARON UN MONUMENTO POR HABER AVISADO A TIEMPO.



ME GUSTARÍA VER ESTA PELÍCULA, PELUCHO.



¡CARAY! ¡CUANTO HUMO! ¡ALGO SE QUEMA!



SE ESTÁ QUEMANDO EL TEATRO. VOY CORRIENDO A AVISAR, PELUCHO.



¡FUEGO! ¡FUEGO!



¿QUÈ PASA?



¡AY DE MI!



¡COMO IBA YO A PENSAR QUE TODO ESE HUMO PODÍA SALIR DE UN CIGARRO! ¡HAY QUE VER LOS TROMPICONES QUE ME HE GANADO!



YA VES, PELUCHO. AL PASTOR, POR AVISAR A TIEMPO LE LEVANTARON UN MONUMENTO Y A MI ME HAN LLENADO LA CABEZA DE CHICHONES. ¡ASÍ ES LA VIDA!





Sección Pirula

CHARLAS DE PIRULA

La sopa de verduras. Fin.—Se hallaba María Paz en una habitación pequeña, sombría y miserable,

sin más muebles ni adornos que un jergón en el suelo, dos sillas cojas y una hornilla.

Allí había una mujer horrible, desdentada, con mechones de pelo gris y mirada dura y mala.

La mujer la sacudía violentamente por un brazo, y gritaba:

—¿Qué estás esperando para ir a pedir, tonta, holgazana, pasmarota? Y a ver cómo te portas, que como no traigas más que ayer, ya sabes lo que te espera.

Y por si acaso se le había olvidado a la niña «lo que la esperaba», le dió una bofetada recordatoria.

María Paz, aterrada, abrió la puerta y salió corriendo; en la calle notó que solamente llevaba un vestidito roto y una toquilla que apenas le tapaba los hombros. Hacía frío. Sintió deseos de volver a meterse en el cuarto; pero le dió miedo y siguió andando.

«Más que ayer», había dicho la vieja. Sí, ella tenía que llevar muchas limosnas; de lo contrario, ya sabía «lo que la esperaba».

Vió llegar aun señor muy elegante, con sombrero de chistera y todo, y tendió la mano, esforzándose por mirar con ojos de súplica y murmurar cosas muy tristes, como lo había visto hacer a los mendigos; pero el señor la apartó con el bastón, sin mirarla siquiera.

Y María Paz anduvo, anduvo. Y a todo el que pasaba le pedía una limosna; pero nadie le daba sin duda, porque hacía tanto frío, que nadie quería detenerse.

Llevaría ya bastante rato cuando notó algo raro en el estómago. No era ese dolor que sentía cuando en casa de sus papás se había dado un atracón de golosinas, no; era una sensación rara, angustiosa... ¡Ah!, sí, era hambre; pero tampoco era el hambre esa tan agradable, «hambre que espera hartura», de los días en que, en su casa, se retrasaban un poco en servir la comida. Era un hambre horrible, hambre de niña que se acostó la víspera sin cenar, que se ha levantado temprano, ha salido sin tomar nada y lleva ya varias horas andando, en una cruda mañana de invierno, con el estómago vacío.

¿Qué hacer? María Paz paseó en torno suyo una mirada desesperada. Estaba en una plazuela solitaria. En una casa de enfrente vió algo que la hizo tambalearse de emoción. ¡Pan! Sí; en el escaparate de una panadería, unos panes y panecillos lucían su corteza dorada y apetitosa.

María Paz cruzó corriendo la plaza, entró en la tienda y, con los ojos brillantes de codicia, pidió «un panecillo».

El panadero la miró de arriba abajo con desdén: «¿Traes dinero para pagar?», preguntó. ¿Dinero? No tenía ni un céntimo. Nada le dieron. Bajó la cabeza. «¡Largo de aquí, pordiosera! ¡Ladrona!», gritó el panadero. Y María Paz volvió a encontrarse en la calle con más frío que antes, como si la ilusión de un momento —la ilusión de comer—, al desvanecerse, la dejara más desabrigada.

Estuvo a punto de sentarse en el suelo; pero el frío era ho-

rrible, pues anochecía ya, y siguió andando, arrastrando las piernecitas, sin saber hacia adonde iba.

Recorrió una calle, cruzó otra, pasó por delante de un bazar lleno de juguetes; luego, delante de una pastelería. En este momento llegaba un automóvil magnífico, del que se apearon tres niños muy monos, con una señorita inglesa.

Entraron en la pastelería y María Paz vió, a través de los cristales, cómo elegían pasteles, emparedados y tortas.

Luego salieron cargados de paquetes blancos. Cada uno mordisqueaba un bollo. María Paz se acercó, tendió la mano suplicante; pero uno de los niños —una niña de bucles rubios— la rechazó agriamente: «¡Quita!, no vayas a manchar con tus harapos mi abrigo nuevo».

A tiempo de subir al coche, otro de los niños exclamó: «¡Ya tengo bastante!», y arrojó su bollo al suelo. María Paz se precipitó para cogerlo; pero, ¡ay!, ya el bollo desaparecía en una alcantarilla.

Y mientras el «auto» corría velozmente, María Paz, an-

nadada por tantos sufrimientos, dió unos pasos, luego se detuvo, se apoyó en la pared de una casa y se echó a llorar.

Cuando ya no pudo más de tanto llorar, levantó la cabeza y... ahogó un grito de sorpresa.

Estaba junto a una ventana iluminada. Detrás de los cristales había un comedor, y en torno a la mesa central, tres personas estaban sentadas y se disponían a cenar. Y aquellas tres personas eran su padre, su madre y... ¡ella misma!, sí, ella, María Paz, vestida como siempre, con un gracioso delantalito copiado de la «Sección Pirula».

Y María Paz, la de los harapos, vió cómo la otra María Paz —la niña rica— miraba con desprecio su plato, que estaba lleno de sopa.

Y la oyó que decía: «A mí no me gusta la sopa de verduras».

¿Que no le gustaba?

¿Pero era posible? Aquello colmaba la medida. María Paz —la hambrienta— no pudo contenerse; quiso gritar: «¡A mí, sí! ¡A mí me gusta la sopa de verduras! ¡Me gusta todo, con tal de comer! ¡Tengo tanta hambre!».

Pero no podía gritar. Hizo un esfuerzo terrible y... abrió los ojos.

Todo había sido un sueño. Estaba en su camita de hierro dorado, en su cuarto alegre y coquetón, y llegaban hasta ella los ruidos de la cocina, donde la cocinera preparaba los sabrosos desayunos.

Y fué entonces cuando María Paz se levantó pidiendo sopa de verduras en lugar de chocolate.

Y desde entonces, cada vez que se dispone a decir en la mesa: «No me gusta esto» o «no tengo ganas de lo otro», se acuerda de aquella jornada horrible —¿soñada?, ¿vivida?— de frío, de miseria y de hambre, en que hubiera dado cualquier cosa por un pedazo de pan; y con alegría y con buen apetito come, sin chistar, lo que tiene en su plato.

Todo esto me lo contó Dolly, y yo, al referíroslo, doy gracias a Dios de que a ninguna de mis lectorcitas queridas les hagan falta sueños como aquél, porque todas saben apreciar su dicha, renovada un día y otro día, sin tener algo que comer cuando tienen hambre.

